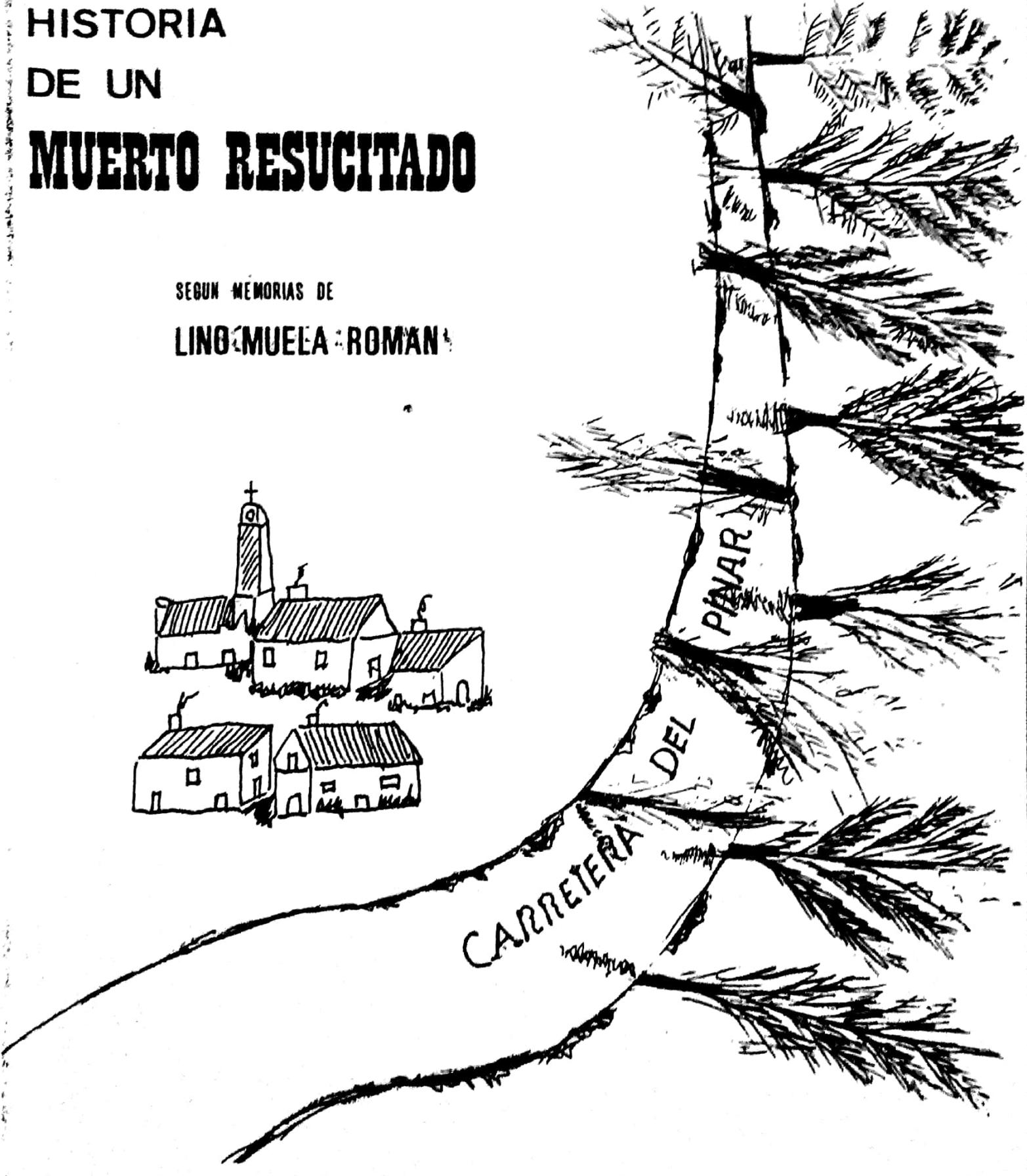


HISTORIA DE UN MUERTO RESUCITADO

SEGUN MEMORIAS DE
LINO MUELA ROMAN



PIÑAR
DEL
CARRETERA

A large, detailed drawing of a pine tree, likely a piñar, with a banner wrapped around its trunk. The banner has the text "PIÑAR DEL CARRETERA" written on it. The tree is drawn with many fine lines representing needles and branches.

Yo, LINO MUELA ROMAN, natural de Riba de Saelices, provincia de Guadalajara (España), después de tanto tiempo de silencio, quiero dejar escritas, para que quede constancia de ellas, las torturas cometidas con mi cuerpo en el pueblo de Cobeta, y las vicisitudes que hube de pasar a lo largo de mi vida.

Todo empieza el día 18 de Julio de 1936, día de la sublevación del general Franco ayudado por sus moros, por falangistas y requetés, por Hitler y Musolini y por todos esos de "¡ay Señor mío Jesucristo!", que entre todos convirtieron nuestra España en un río de sangre.

En mi pueblo natal, Riba, existía un sindicato obrero resinero del cual era presidente Francisco Macho y secretario Angel Sancho. Tras una asamblea general del partido, y mediante votación secreta, fue elegido como nuevo secretario Anastasio Macho y como suplente, un servidor, Lino Muela, desempeñando dichos cargos hasta la sublevación franquista, viéndonos sorprendidos por el golpe de estado.

Tras esta sublevación decidimos ponernos a disposición del gobierno de la República.

Yo tenía un hermano transportista y él fue quien, con su camión, nos llevó a Alcolea para por mediación de Benito Merodio poderemos poner en contacto y al servicio del gobernador de Guadalajara, de quien pretendíamos armas para defender al gobierno de la República, a nuestro gobierno, a aquél que fuera constituido por la voluntad del pueblo español y en contra de aquél otro impuesto por las armas, el crimen y el terror, como se demostraría más tarde.

Por aquellos días murió el alcalde de Riba, Carlos Novella, un gran hombre que hizo la guerra de Africa y que por esa razón pudo comprender antes que otros que Franco llevaba a España a la ruina, de lo cual estaba convencido. Había estado 3 días antes de su muerte en Alcolea, donde se encontró con tropas de la República, y cuando regresó a casa se sintió enfermo, se acostó y nunca se volvió a levantar.

Se le hizo un entierro civil, y aquel día, el de su entierro, será de recuerdo perpetuo, porque justo cuando se le estaba "dando tierra" llegaron gritando que venían los fascistas. La movilización fue completa; huímos despavoridos. Tan sólo dos o tres quedaron para terminar de dar sepultura a Carlos Novella. Aquella noche ya dormimos en los montes sobrecogidos por el miedo.

En mi pueblo, como ocurría en todos los demás, estábamos divididos en dos bandos: fascistas a un lado y partidarios de la República al otro. Allí vivía un maño natural de Blancas que tenía un café. Compró un organillo para el baile de su partido y nosotros tuvimos que hacer lo mismo. Para adquirirlo había que desplazarse a Madrid, y entre todos decidieron que fuera yo el encargado de ir.

Fui a buscar a mi hermano, el del camión, para que me llevara a Madrid. Tuve que andar dieciocho kilómetros hasta Alcolea, que era donde vivía.

En Madrid nos ayudó un tío de Bernarda que se encontraba allí desde hace años, y del cual tuvimos a bien coger la dirección.

Cuando regresamos al pueblo era ya la víspera de la fiesta. Llegábamos sobre las once de la noche, cuando a la altura de "la cabezuela", lugar que dis-

ta un kilómetro todavía del pueblo, se me ocurrió ponerme a tocar. Me sonó una canción que decía: "Manolo, Manolo cántate que ya las vecindades murmurar no sé qué..."

Allí nos amaneció bailando el día siguiente.

Yo por aquel entonces no tenía padre ni madre. Mi madre murió cuando yo tenía a penas dos años, y mi padre falleció mientras yo estaba a los servicios militar en la Academia de Zaragoza, precisamente bajo el mando del general Franco, de quien fui ordenanza durante varios meses.

Pensé en casarme y dos años después de hacerlo se me ocurrió salir y me casé allí en el pueblo. Me fue muy bien y tuve siempre una gran concurrencia.

Llegó después de aquello la declaración de guerra.

Cierta día estaba yo en la cocina y oí unas voces muy fuertes. Salí a la puerta de casa a través del corralillo que teníamos delante, y ví cómo dos hombres hablaban a gritos con una vecina, la señora de Gregorio Tamayo—un hombre de buenos sentimientos, que lo demostró al acabar la guerra a pesar de su condición de hombre de derechas—, y le decían a voz en grito que habían estado en el café de ese famoso maño y que no les había querido dar de beber ni de comer. Aseguraban que iban a ir a Molina, donde al parecer se encontraban las fuerzas republicanas, y que lo iban a denunciar. También gritaban que había que fusilarlo y otras muchas cosas.

La señora de Gregorio lógicamente les advirtió que había otro café en el pueblo y les mostró mi casa, asegurándoles que allí también servían comidas. Así pues vinieron a mi casa.

- Buenas noches, ¿podría usted ponerme algo para cenar? (me preguntaron)

- Seguro; de lo que haya podrán ustedes cenar.

Aquellos hombres volvieron a contarme su desventura en el café de "el maño". ¿Cómo iba yo a creerles? ¿Cómo iba a creer que "el maño" no les había querido servir, cuando de sobras sabía yo que a aquel individuo le gustaba más el dinero que a las gallinas el trigo? Había algo extraño y pronto pensé que bien podrían ser dos espías, dos lacayos de Franco que vinieran a por mí. En nada me equivoqué como pude descubrir más tarde.

La gente comenzó a poblar el café, como de costumbre, aquella noche. Había un buen ambiente y aquellos hombres empezaron a hablar con los clientes tomando confianza muy pronto.

Benjamín Hornero, un tío carnal de mi esposa, les explicaba todo; ¡bien le tiraron de la lengua! Les contaba que el alcalde había muerto y se le había hecho un entierro civil, a lo que uno de ellos repuso que en su pueblo también había ocurrido lo mismo. Aquello ayudó ya a confirmar mis sospechas.

Los dos hombres hablaban gallego, un gallego muy cerrado. Comentaban que eran afiladores y llevaban una gran rueda preparada para afilar cualquier tipo de herramienta.

Benjamín Hornero seguía contándoles cosas y aportándoles datos.

- Mi hermano es presidente del Frente Popular. Yo soy vicepresidente, y aquí mi sobrino puso este café donde venimos todos los republicanos.

¡Qué atentos escuchaban! Ellos, disfrazados de afiladores, comenzaron a decir cervezas, champán, y otras muchas bebidas. Todo el mundo podía beber por que ellos lo pagaban todo. Cada vez estaba más claro para mí.

A media noche ya, se levantó uno de ellos y se acercó al mostrador. Empezó a contarme la historia que había preparado. Yo, que siempre fui un poco nervioso, le corté radicalmente (yo diría que violentamente) la conversación y le grité:

- ¡A mí no me hable usted de política; yo de eso no entiendo. Siéntese en su silla y no vuelva usted a hablarme de política!

Pero quién le hacía creer eso después de que habían pasado el día en casa de "el maño".

Eran ya las dos de la mañana cuando le preguntaron a mi tío dónde podrían dormir, a lo que él contestó que yo tenía camas y que podrían dormir en mi casa.

-Yo tengo cama tío, pero en esta situación en que nos encontramos en mi casa no duerme nadie. Estos hombres pueden ser dos buenas personas pero también pueden ser dos espías que vengan a por mí; aunque usted bien sabe tío que tengo una escopeta con cincuenta cartuchos en la cabecera de mi cama y el que se atreva a entrar en mi habitación se traga hasta las cartucheras.

-¡Hombre, no se ponga usted así! mire cómo hemos pasado las líneas de los fascistas con esta rueda de afilar... (contestó uno a mi amenaza)

Todo acabó allí de momento.

Al negarme yo a alojarlos se los llevó un mozo del pueblo llamado Leoncio, que tenía la inclusa como origen y cortar el pelo y aliar barbas como oficio. Durmieron en un pajar. ¡Cuánto le harían hablar y cuánto les contaría! Cuando vieron que Leoncio dormía lo dejaron y se fueron a otro pequeño pueblo, Saelices de la Sal, donde pasaron el día siguiente en parecida actitud. Estuvieron toda la jornada en el café—que también era fonda—jugando a las cartas con Juanico, que era el alcalde, y el Sr. Alejo, secretario del pueblo.

Como ya ocurriera en Riba, allí tampoco dieron muestra de su oficio y no afilaron cuchillos, ni tijeras, ni... ¡en fin!

Hoy podemos ver qué tan benevolente era la República. Qué fácilmente nos desnudaron y con qué facilidad también prepararon el croquis de nuestro pueblo para cercarlo sin problemas en caso de un posible ataque.

Y como era lógico, llegaron los fascistas. Fue el cartero de Ablanque, quien, al trote sobre su mula, nos trajo la noticia. Él venía de Saelices a traernos la correspondencia a Riba, y por ese motivo fue quien primero se enteró. Sucedió el mismo día, el inolvidable día, ~~el día de la caída~~.

Una compañía bajó por la carretera que viene de Alcolea del Pinar y otra por la que llega de Mazarete. Su intención era sorprender al pueblo entre dos fuegos. La de Mazarete tenía por consigna lanzar una bengala en el momento que estuvieran emplazados sus componentes. Pero la operación no salió como pensaban, debido a nuestra precaución, ya que unos días antes, intuendo lo que podía pasar, se me ocurrió que debíamos obstruir la carretera. Y así lo hicimos; colocamos una gran cantidad de pinos atravesados, lo que irremediablemente retrasó a la compañía que bajaba por esa carretera, y sirvió para nuestra salvación, puesto que aquella demora nos dio tiempo para huir.

Sin embargo todavía hubimos de resistir un buen número de descargas en nuestra fuga hacia el monte chaparral, y todos no tuvimos la suerte de escapar; tal fue el caso del padre de mi mujer que viéndose muy fatigado se ocultó en unas brozas para más tarde ser descubierto. Lo encerraron en el ayuntamiento, del cual también era miembro, pero durante la noche logró escapar.

Todo esto había sido concebido y preparado por los afiladores ayudados por los cuatro sarnosos del pueblo, en el café de "el maño". (Los llamo sarnosos porque sin tener ni un céntimo más que nosotros creían ser alguien).

Aquella misma tarde, siguiendo con la historia, nos llegaron a Ribera del Orxímo al nuestro que se llama Ribarrodrada, esperando conseguir algunas noticias de nuestro pueblo. Serían las dos de la mañana cuando oímos voces que nos resultaron familiares. Al pasar frente a nosotros lo confirmamos, eran Lorenzo Gallesteros y Alejandro Castillo, dos paisanos de nuestro pueblo que eran cuñados entre ellos. Después de los saludos de rigor en aquellas circunstancias, nos contaron cómo estaba la situación en Riba, y me advirtieron que no debía aparecer por el pueblo porque me habían visto en la lista negra de la gente que querían fusilar (a mi y a Lucio Torres, de apodo "el Cano"). También nos dijeron que los afiladores no eran tales, sino que resultaron ser los que mandaban una de las dos compañías que asediaron el pueblo. Eran toniente uno y capitán el otro, del regimiento de Calatayud.

Daos cuenta qué hubiera podido pasar si los alojo aquella noche en mi casa y ved qué sentimiento humano y qué pocos escrúpulos tienen estos hombres que después se dan golpes en el pecho a la vista de los demás.

En vista de cómo se hallaba la situación decidí marchar a Madrid. Allí me enrolé en las filas del general Mangada, participando en las batallas de Navalperal de pihares, Cebreros, Peguerinos, y Las Navas, localidad esta última que nos costó mucho tiempo el conseguirla; tanto es así que un día era de ellos y al siguiente nuestra, y así transcurrió algún tiempo, hasta que por fin un día, sobre las cuatro de la mañana, logramos entrar a golpe de bayonetas. De esta toma surgieron unas coplas que comenzaban diciendo: "así las fuerzas del general Mangada a una columna fascista la han dejado descuartizada..."

Por aquel entonces mi señora y mi hijo estaban en Madrid, pero ocurrió que el chico cayó muy enfermo y el médico nos aconsejó que saliéramos de Madrid. Así pues decidimos regresar al pueblo, que es donde creímos mejor reposaría.

En aquellos días Riba se encontraba entre dos líneas. Las fuerzas de la República se hallaban a 10 kilómetros, en Esplegares, y las de Franco a 22, en Alcoles del pinar y Maranchón.

Un día llegó a Riba procedente de Guadalajara una orden de las autoridades republicanas: teníamos que fusilar a cuatro fascistas. Eran Mariano Villar, Gregorio Tamayo, el Sr. cura y "el maño".

Nos reunimos todos los socios del sindicato, entre los que se encontraba un hijo de Mariano Villar llamado Gregorio. Entre todos decidimos oponernos a los fusilamientos y convinimos que no por ser de derechas debían pagar con la muerte, aunque sabíamos -y he aquí la diferencia entre ellos y nosotros- que si un día nos ocurría al revés, seguro que a nosotros sí nos matarían.

Al Sr. cura le propusimos que eligiera un hombre de confianza que con una caballería le acompañara hasta su pueblo, cerca de Molina de Aragón, para que allí hicieran con él lo que quisieran con él. Más tarde el hombre nos envió una carta agradeciéndonos lo que habíamos hecho. Era una carta dirigida al sindicato y en especial a los que más habían influido en su salvación, como era lógico. Un tiempo más tarde, cuando las tropas de Franco volvieron a tomar Riba, destruyeron la iglesia, y cuando acabó la guerra no le dejaron declarar en nuestro favor, según él me dijo.

mi familia vivió la guerra muy profundamente en todos los sentidos / en todas sus facetas.

Yo tenía un hermano llamado Eustaquio, que estaba soldado cuando se produjo la sublevación de Franco, y otro que sin haber cumplido los diecisiete años se fue voluntario a defender al gobierno legítimo puesto por el pueblo. Tenía también un cuñado, hermano de mi esposa, que tomó el mismo camino; también era muy joven, contaba dieciocho años de edad. Los dos se enrolaron en las milicias aragonesas que se encontraban en el frente de Sigüenza; en el centro de Algora.

El día 28 de octubre de 1936 aniquilaron su compañía. Como entonces no existía la disciplina que hubo después, abandonaron la posición y se metieron en una paridera donde encerraban ganado. Fueron sorprendidos por la noche en ese lugar, en el que emplazaron una ametralladora, y según fueron saliendo, fueron muertos uno a uno hasta un número de setenta y dos, según de claraciones posteriores.

Como he dicho ya antes, volví al pueblo y sembré todas mis tierras / las de mis suegros. Eramos de los cultivadores más fuertes del pueblo por aquella época.

Una noche, estando en "la cocina oímos grandes gritos: "que vienen los rojos!". Aquellas voces eran las de los dos o tres locos de nuestro bando que echaron a perder el pueblo; entre ellos Alejandro Castillo, principal culpable de aquella insensatez, que era un vanidoso, ilusionado y tonto, y que ojalá venga a pedirme cuentas por estos calificativos si algún día llega a leer estas memorias. Además también con él iban Rufino Herranz y Santiago Hornero, quien más tarde me confesaría que él nunca quiso ni pensó perjudicar a nadie.

El caso es que se encomendaron a una acción estúpida sin contar con nadie. Fueron a casa de Aniceto Martínez (pariente de Mariano Villar), fusil en mano, / se llevaron a las cinco personas de casa, además de una hija de Mariano Villar. También prendieron de la misma forma a Ricardo García -un fascista que no creo tuviera mal corazón-, a Mariano "el chalao" -un bocarrán con el que colaboraba su señora (una pájara de cuidado)-, y a Gregorio XXXXúñez.

Por culpa de estos apresamientos tuvimos que escapar sabiendo que en cualquier momento llegarían los fascistas a vengarse.

Qué faeba nos hizo nos hizo ese orgulloso de Alejandro deteniendo a toda esa gente, que no eran los peores del pueblo, e incluso por el contrario, algunos de ellos eran inocentes.

¿Para qué nos sirvió respetar la vida del Sr. cura, de Mariano Villar, de Gregorio Tamayo y de "el maño", si luego por estos imbéciles se perdió nuestra buena voluntad y el raciocinio que siempre habíamos conservado?

El día que llegó la orden del fusilamiento de estos hombres (ya he contado lo que hicimos con el cura) ví entrar en casa de la señora Santos 7466a nuestra - a Mariano Villar, y entre Genaro Sancho (marido de la tía Santos) y yo lo escondimos debajo de una cama.

Los escondimos a todos para que no los encontraran los hombres llegados con las órdenes de las autoridades.

Yo mismo fui también a avisar al yerno de Villar, Braulio Tamayo, para que se fuera porque estaban los milicianos. Luego me lo pagaría bien quedándose con todas mis tierras y beneficiándose durante tres años de ellas (tanto le debieron de gustar o de rendir que cuando la guerra terminó me denunció por ver si de ese modo podía quedárselas para siempre).

Pero no adelantemos acontecimientos. Cuando ví de lo poco que habían servido nuestros esfuerzos me fui nuevamente y me enrolé en las milicias aragonesas, en el batallón Marlasca, con el grado de sargento.

Mi compañía la destinaron al frente de Sigüenza.

El día de año nuevo ordenó el alto mando que teníamos que atacar el pueblo de Abánades, donde se encontraban las tropas enemigas. Aquel día amaneció con una niebla muy densa que no dejaba ver nada. La compañía la mandaba el capitán Domingo Coronado, viejo militar de carrera, hombre de confianza para todos. A causa de la niebla nuestro avance se desarrollaba muy despacio. Justo a mediodía nos metimos a cien metros de ellos; estaban comiendo. A la entrada tenían muy bien emplazadas unas ametralladoras. Nos costó pero logramos conseguir la posición; y en gran medida se lo debemos a un perro lobo que teníamos y que al soltar las alambradas nos hizo ver que se encontraban electrificadas.

Como prácticos llevábamos dos ~~mesas~~ del pueblo. Uno de ellos, de nombre Alfonso, había estado de molinero en Saelices de la sal. Con ellos pudimos comprobar cómo quedaron muy pocos vecinos en el pueblo para recibirnos. Habían huído dejando las mesas listas para comer.

Los pocos vecinos que quedaron, nos contaron cosas curiosas, como que una madre mandó matar a un hijo suyo sólo por el mero hecho de que había asistido a un mitin que habían dado Cañadas, Tobajas, Relancio y algún otro, en Cifuentes. La madre, al entrar las fuerzas de Franco en Abánades le dijo al capitán que si mataban a su hijo les regalaría un gallo para que se lo comieran; y aquellos salvajes le tomaron la palabra y lo hicieron. Así eran las tropas de Franco, aquellos que luego irían a misa y se considerarían perdona dos hasta una nueva ocasión.

Después de tomar Abánades, cogimos posiciones al otro lado del pueblo y del río que por él pasa que creo se llama Tajuña. Nos encontrábamos en un llano, cuando cierto día se pasaron dos hombres del enemigo y declararon que nos iban a atacar cinco mil hombres con artillería y ametralladoras.

Nosotros sólo éamos una compañía y unas pocas ametralladoras, mientras que los fascistas tenían reunidas fuerzas en Sotodosos incluso con caballería.

Cuando el Estado Mayor nuestro tuvo noticias de la ofensiva que nos esperaba vinieron a nuestra posición para planear nuestra defensa. Entonces yo aproveché para hacerle una proposición al alto mando. Les dije que yo era perito en aquel terreno y que el enemigo nos tendría que atacar frente a nosotros, y que bajo mi opinión el peligro más grande que teníamos era la caballería, porque si por fuerza debíamos abandonar la posición este escuadrón de a caballo nos cortaría la retirada y seríamos copados. Al hacer esta aclaración, el capitán Coronado pidió ayuda y envió el correspondiente comunicado al Estado Mayor en Guadalajara sobre lo que ocurría. Vinieron a ver las posiciones para trazar el plano que más tarde aprobaron.

En aquellos momentos carecíamos tanto de municiones como de armas. Abánades se encuentra a varios kilómetros por la carretera de la carretera que viene de Cifuentes, pasando por Canredondo y Sacercorbo. De aquí parte un camino vecinal por el que no se podía circular mas que con caballerías, luego, el suministro de cualquier tipo resultaba muy difícil.

Al teniente que mandaba nuestra sección le mataron un hermano en el Jarama. Al recibir el telegrama pidió y le concedieron la excedencia o un permiso para marcharse a casa. Por ese motivo el Estado Mayor me nombró teniente interino con el fin de mandar dicha sección.

La sección quedó seleccionada por el mismo. Éramos todos voluntarios y procedentes de la misma zona: de mi pueblo, Riba, de La Loma, de Riborreconca, de Esplégares, de Ablanque, del Villar, De Huertahernando, y de Anguita. Había también dos hermanos apodados "los timilanes", que no eran de por allí. Entre todos formábamos una buena sección que respondía en todo momento.

Llegó el día en que desencadenaron la ofensiva. Yo ordené que nadie tirara alocadamente; no nos convenía disparar tiros sueltos sino unir nuestros gatillos para hacer descargas similares a las de una ametralladora. Así cada vez que escuchaban mi voz de mando descargaban una ráfaga a la vez.

Al poco rato de empezar el combate nos comunicaron que había llegado a Sacedorbo un camión con munición, pero desde allí teníamos que transportarla en mulas. Cuando llegaron las primeras cajas ya se había agotado la munición de muchos de nosotros. A pesar de los obuses, de los morteros y de toda la lluvia de fuego que se cernía sobre nosotros, no dudamos en saltar de las trincheras a discreción para alcanzar la munición que traían los muleros de Ablanque -dos hermanos que estaban en mi sección, y que eran hijos de una que le decían "la morena" de nombre Genova. Uno de ellos murió poco más tarde a causa de la explosión de un obús-.

Pero a pesar de los cinco mil hombres y todo el armamento del que disponían, su ataque fue rechazado por nosotros. Algunos de los hombres de las tropas enemigas llegaron hasta las alambradas y allí quedaron como testimonio de una heroicidad sin sentido.

A mi sección, que guardaba la vaguada del río Tajuña, nos hizo fuego la caballería que tenían en Sotodosos con lo cual quedábamos como blanco de dos fuegos. Pero el alto mando atendió mi sugerencia, aquella que yo les hiciera antes de la ofensiva enemiga, y mandó situar una sección con un fusil ametrallador que detuvo a la caballería.

Este frente se mantendría durante algunos meses, pero a mi sección nos llevaron a Cifuentes a descansar quince días.

Justamente, como recordaréis, en la cárcel de esta villa, Cifuentes, se hallaba presa la gente de Riba que injustamente encarceló Alejandro Castillo.

Por aquel entonces el gobierno republicano nos daba un paquete de tabaco diario, tanto a soldados como a oficiales, y yo como nunca he fumado, lo que me pertenecía se lo daba a los soldados. Así que el segundo día de nuestro permiso se me ocurrió visitar a esos presos de mi pueblo y llevarles el tabaco que me daban. Así lo hice; cuando entré en la cárcel me preguntó el centinela: *carcelero*

-¿A quién viene usted a ver?

- A un grupo que trajeron de Riba de Selices

-¿Qué intención trae?

- Quiero entregarles este paquete.

-¿Qué contiene?

- Diez paquetillos de tabaco para que se los fumen a mi salud.

En eso, los miró y me mostró el pasillo en el que se encontraban mis paisanos. Además me comentó:

- Suba. Usted no tengo necesidad de acompañarlo. Pero es que hace unos días vino un tal Castillo y se dedicó a disparatar y a ofender a toda esa gente.

No me pareció extraño conociendo la calaña de ese hombre.

Cuando llegué al pasillá que el guarda me indicó, allí estaban en grupo el señor Pepe (padre de Vicente Moreno), Miguel Moreno, Alejandro y Claudio el esquilador, (quien más tarde, acabada la guerra fue juez de paz). También estaba con ellos -ya se me olvidó- ~~el~~ ~~del~~ ~~del~~ del famoso "maño", aquel que preparara mi fusilamiento con los dos afiladores. Cuando llegué hasta ellos, me miraron, les saludé, y les dije...

- Sé que estáis aquí injustamente, y lo siento. (después, algo violentado me dirigí al más mayor de ellos y seguí hablando). Usted Señor Pepe acepte esto que les he traído. Son unas cajetillas de tabaco. Me gustaría que se las fumaran a mi salud.

La verdad es que mi conversación con ellos fue así de breve, y dado el monólogo que estaba sosteniendo, preferí marcharme enseguida.

En aquel grupo ~~de~~ ~~de~~ ~~de~~ Timoteo Martínez y Ricardo García, además de las mozas, con las que no quise entrevistarme. Eran Guadalupe Martínez, Baldomera (hermana suya), una hija de Mariano Villar, Emilia Martínez y Emiliana, todas ellas de la misma familia.

El motivo de no querer verlas es que yo había sido novio de Guadalupe durante cinco años—era la chica más santa y más guapa de toda la comarca y no quise que pensara que iba a reirme de ella. Ese precisamente fue también el motivo de que el piojoso de Alejandro se ensañara con ella y con su familia. Lo hizo por celos; porque a él también le gustó Guadalupe y sin embargo ella me prefirió a mí.

De todos modos aquel detalle que tuve con ellos mal me lo agradecieron al final de la guerra, según acciones que posteriormente relataré, si bien es verdad que hubo una persona, Guadalupe, que no intervino para nada en aquel comportamiento común de todos los demás.

Continuando con la historia una vez más, diré que meses más tarde caí enfermo a causa de un baño que tomara en pleno invierno. Aquel malestar me duró un mes.

Llegó la gran batalla de Guadalajara; la que creo fue una de las derrotas más estrepitosas de los fascistas italianos y de los falangistas y requetés españoles. Se dice que formaron un ejército de sesenta mil hombres con una gran cantidad de armamento; entre éste se encontraban los famosos carros de combate y aviones alemanes, material sofisticado que trajeron a España para experimentar.

Desencadenaron una enorme ofensiva por la carretera general de Sigüenza a Guadalajara. Entre esas dos ciudades se encuentra Brihuega, y en nuestra compañía había más de treinta hombres de esa localidad que inmediatamente pidieron permiso para ir a defenderla.

El alto mando ordenó que fuera mi sección hasta allí. Nos encargaron la custodia de un puente por el que se pensaba tendrían que pasar las fuerzas enemigas si pretendían tomar Brihuega. Y ocurrió que llegaron a tomarla pero sin atravesar aquel puente.

La ofensiva duró nueve días, a lo largo de los cuales nuestra aviación libró una sobresaliente batalla. Aquellos "mosquitos", que así les llamábamos, tuvieron una participación decisiva en nuestra victoria. Estaban mandados por un francés, un tal Malrau (que así creo se llamaba), y que participó en la segunda guerra mundial también brillantemente, para terminar siendo ministro, años después, en el gobierno francés.

La carretera de Sigüenza era una línea de tanques y camiones cargados con munición. Nuestros aviones bajaban en picado y a muy baja altura para arrasarlo todo. Además con su pericia no dejaron entrar en acción a la aviación alemana e italiana, y aquello supuso su derrota.

Terminada la batalla volvimos a incorporarnos a nuestra compañía. Las fuerzas de Franco habían tomado Brihuega y nuestra misión fue recuperarla. Nos unimos a un batallón de carabineros, y junto a ellos conseguimos recobrar Brihuega.

Cuando entramos tenían las tropas fascistas sesenta personas dentro de la iglesia a punto de ejecutar. Toda aquella gente se salvó de milagro.

Al poco tiempo de caer enfermo, nuestra sección fue trasladada al norte de la provincia de Huesca, en pleno Pirineo Aragonés. Estuvimos en la zona de Boltaña (Aínsa, Laguarda, Boltaña, y otros pueblos).

Allí la situación era difícil porque en las montañas había mucha nieve y se hacía muy duro maniobrar, e incluso comer, debido a que no teníamos leña. La situación llegó a ser tan extrema que tuvimos que hacer un pacto con el enemigo, que se encontraba en nuestra misma situación, para bajar a una ladera donde había pinos con los cuales poder hacer fuego. Bajábamos, según el acuerdo una escuadra con un sargento por bando.

Por aquellas fechas tomamos Teruel, pero ellos no se enteraron. Su periódico no lo decía. Cuando nosotros se lo dijimos no lo querían creer. Al fin después de mucho insistir, movido por la curiosidad, el capitán franquista que estaba al mando, solicitó un cambio de periódicos. (Aquel hombre había sido cura unos años antes de la República, y según decían, era un jabato en los combates además de una persona sana y cordial).

Nuestro capitán accedió al cambio y fui designado yo para realizarlo. Las líneas se encontraban a unos doscientos metros de distancia unas de otras por lo que debía desplazarme, por si acaso, a través de las trincheras. Así pues se realizó el cambio y nuestro capitán lo comunicó al estado mayor. En mala hora resultó aquella comunicación, porque el alto mando se incomodó por aquella acción y su respuesta no se hizo esperar. Mandaron detener al que ordenó el cambio. Como yo fui quien lo ejecutó, el capitán me mandó a mí a Madrid. Volví en condición de detenido y tuve que explicar lo ocurrido al alto mando de guerrilleros.

El Estado Mayor me destinó a un grupo que trabajaba en Guadalajara, en un sitio denominado "el molino de Cerrada". De allí fuimos después a Trillo junto al río Tago.

Nos ordenaron que teníamos que hacer un servicio infiltrándonos en la zona enemiga para calibrar las fuerzas que tenía Franco en ese sector. Justamente la línea acababa por mi pueblo así como en La loma y Lahuerta, por donde debíamos cruzar. El capitán nos mandó ese servicio a uno de Lahuerta y a mí. Pasamos sus líneas sobre las diez de la noche por el término de Lahuerta y a las cuatro de la mañana ya estábamos en el chaparral de mi pueblo. Este chaparral tiene una ladera frente al pueblo de aproximadamente kilómetro y medio de longitud, que pudimos ver estaba sembrada de Guardia Civil. Exponiendo mucho, alcanzamos fotografiar todo eso para iniciar el regreso poco después.

A las dos de la tarde estábamos en el umbrío de Baldelpino, en el llamado barranquillo de del Miraduelo, donde creo, no lo puedo asegurar, que estuvimos muy cerca (a unos trescientos metros) de una compañía de moros.

Lo que sí puedo asegurar es que aparecieron tres personas en caballería y alcancé a salvar a dos de ellas, que resultaron ser conocidos míos.

De seguré con los tres médicos, uno de ellos era Esteban Lérica, otro Simón Sanz, y el tercero no lo conocí, seguramente porque jamás lo había visto antes.

El señor Esteban contaba con el aprecio de toda la gente de mi pueblo y estaba considerado como una de las mejores personas que por allí había. De Simón Sanz no puedo decir lo mismo ni mucho menos.

Tuve que persuadir a mi compañero para que no les disparara, pues estaba dispuesto a sorprenderlos con una ráfaga de aquellos naranjeros que parábamos y que eran capaces de escupir cuarenta tiros seguidos en un breve espacio de tiempo.

Así pues aquel episodio terminó felizmente en todos los sentidos.

Un tiempo después nos ordenaron otro servicio similar. Esta vez habíamos de pasar una veintena de hombres cada uno con una misión concreta. Yo tenía que espiar unos botardos en la carretera de Maranchón. Ya me habían dado la orden cuando el capitán cambió de idea. Mi puesto lo iba a ocupar un joven de mi pueblo, llamado Andrés Fúnez (hijo de Vicente Fúnez, el tejedor), que conocía bien, igual que yo, todo el término de Riba. Este chico se había enrolado días antes de aquella misión, y el capitán vió innecesario que fuéramos los dos siendo del mismo pueblo, puesto que lo normal era ir un práctico de cada pueblo.

En este grupo donde yo estaba se encontraba también Lorenzo Ballesteros, quien advertió al capitán de que Andrés y yo éramos del mismo pueblo.

Atravesaron las líneas entre los términos de La loma y Lahuerta. Pasaron por "la nava" de Ablanque y allí desgraciadamente se apercibieron de su paso los requetés de Cobeta, que estaban al mando de un capitán que era el propio médico del pueblo.

En el pinar de mi pueblo,riba de Saalices, los requetés volvieron a encontrar las mismas marcas de zapatos que en el cruce de "la nava" de Ablanque y enseguida telefonaron a la guardia civil de Maranchón y a todas las fuerzas que tenía franco en la zona, para unir sus esfuerzos en la captura de nuestros compañeros.

En el grupo de guerrilleros que pasaron había un hombre de Lurón que ya había pasado en otras ocasiones y que cometió el terrible error de ocultar a los hombres en el mismo lugar donde él había estado en otra ocasión en un servicio parecido unos meses antes. Allí había dejado entonces envolturas de las tabletas de chocolate y de otros comestibles que llegaban desde México, y que hicieron que ese lugar fuera conocido por la guardia civil, teniendo en cuenta que resineros y pastores estaban advertidos por los guardias para que avisaran en el momento que vieran algo. Así pues de ese lugar ya tenían conocimiento las autoridades.

Los guardias de la compañía resinera, entre ellos el famoso "manaza", no tardaron mucho en localizar a los melicianos.

Mientras el grupo dormía, siempre había dos centinelas haciendo la guardia. En el momento de ser descubiertos, uno de ellos era Andrés, el de mi pueblo, que por primera vez cumplía esa misión. Andrés se apercibió de que dos hombres marchaban por una ladera frente a ellos y avisó al jefe del grupo, comentándole que bien pudieran ser dos cazadores. No lo fueron / este chico cometió una torpeza que le costó la vida: se incorporó poniéndose totalmente erguido para indicar al jefe donde estaban los hombres exactamente. En aquel mismo instante recibió los impactos de una ráfaga de ametralladora, que le dejaron fulminado en el acto.

El grupo de guerrilleros llevaba unos toncos como armas. Entre veinte hombres aquellos cacharros hacían tanto fuego como una compañía de infantería; pero se encontraron rodeados y los hicieron fuego desde todas las

flancos.

A pesar de todo consiguieron romper el cerco causando unas cuantas bajas en el enemigo, incluyendo entre ellas la muerte de un cabo de la guardia civil.

A consecuencia de aquello, los fascistas se tomaron la revancha y fueron a Ciruelos, lugar donde se habían descubierto los guerrilleros, a ejecutar al hombre que el secretario denunció, y que resultó ser hermano de un tal Ruperto que yo conocía. Se le acusaba de haber estado en contacto con los milicianos, lo cual, en honor a la verdad, hay que decir que era incierto. Pero alguien lo tenía que pagar. Fueron a su casa, lo sacaron a las eras, y allí, a sangre fría lo fusilaron por algo que no había hecho.

Los guerrilleros lograron escapar, pero hirieron en una pierna al sargento que iba al mando y aquello los retrasó. A duras penas consiguieron que el herido les siguiera marchando por los pinares durante todo el día. Por la noche, y este fue otro gran error que cometieron, intentaron pasar por "la nava" de Ablanque nuevamente. Allí les estaban esperando, y, cuando empezaron a cruzar el camino, abrieron fuego contra ellos. Les lanzaban bombas de mano y aprovechaban el resplandor de las explosiones para descargarles también sus fusiles.

Hirieron gravemente a uno de los milicianos y dividieron al grupo. La mitad consiguió cruzar el camino pero la otra mitad tuvo que retroceder, lo que más tarde había de ser su salvación.

Los que retrocedieron oían cómo obligaban al herido, a quien cogieron prisionero, para que gritara "viva Cristo Rey" y "viva Franco". Después lo llevaron a Ablanque, de donde eran la mayor parte de los requetés que formaban la brigada, y allí lo fusilaron.

El grupo que retrocedió logró pasar unos días después.

Transcurrieron unos días y por el cuartel de Trillo donde estábamos los republicanos, apareció un hombre con un hijo de nueve o diez años. Venían de Lahuerta y llegaron para avisar de la existencia de dos espías que iban a dormir diariamente a casa de una tía suya.

El capitán nombró un grupo para ir a por ellos durante la noche. Yo expliqué al capitán que tenía allí familia y que por ese motivo prefería no ir a ser posible.

Fueron a por ellos y los capturaron, para más tarde matarlos.

Aquello no me gustó, y pedí mi dimisión, cosa que de momento no aceptaron. Hoy lo pienso, y comprendo que ordenaren matar a dos espías que bien pudieran haber acabado con nosotros, teniendo en cuenta sobre todo que Franco se permitía el lujo de quebrar vidas humanas por el simple hecho de haber pasado en la puerta de uno de derechas.

Por aquellos días, una mañana, me avisaron que había venido a verme un hermano mío y dos amigos, y que me estaban esperando en la entrada del balneario de Trillo, donde teníamos el cuartel. Cuando llegué estaban en la entrada con el centinela, quien debía cerciorarse de que fuera verdaderamente mi hermano; Enseguida vi a mi hermano y conocí también a Juanito "el morata", que era uno de los que lo acompañaban. A lo que yo conocía únicamente por referencias, y hube de esperar a que me lo presentaran para saber quién era. Tenía el oficio de caminero y lo ejercía en Sotodosos. Además le gustaba escribir, y durante la República publicaba algunos artículos en "el abril". Yo había leído algo de él. Venía a enrolarse con nosotros, a causa de la muerte de su mujer y su hija a manos de los fascistas. Él quería vengar aquellas muert-

tes que tanto resentimiento y tanto rencor habían generado en su corazón. Pero aquel hombre no acabó de convencerme; no sé por qué algo me hacía mantener ciertos resentimientos hacia él, a pesar de que mi hermano y Juanito aseguraban que era un buen elemento.

El capitán accedió a su ingreso en la guerrilla, pero yo puse en seguirle bien de cerca por si acaso, y así se lo expresé a mi superior:

- Tú eres quien mandas pero yo haré de policía con este hombre.

Días más tarde nombraron servicio y nos correspondió a los dos, más un chico de Lahuerta, el llevarlo a cabo.

Si pasamos las líneas no hay que dejar que vaya detrás porque podría sorprendernos con una ráfaga por detrás, pensé yo, que sin tener ninguna razón seguía desconfiando de él.

Cuando llegamos ante las líneas enemigas, sirviéndome de los prismáticos, miré hacia los centinelas y observé que habían cambiado sus trincheras. Se lo comuniqué a los otros:

- Han cambiado las trincheras. Se ven unas avanzadillas. No debemos arriesgarnos. No pasaremos hasta no saber dónde tienen los puestos durante la noche.

Lo que él contestó no sirvió más que para incrementar mi desconfianza porque nos tachó de cobardes.

Cuando llegamos al balneario le expuse al capitán lo que había ocurrido y le expliqué:

- Este hombre vendrá sólo cuando pasemos en grupo y llevándolo siempre en medio.

Después de aquello el sujeto empezó a decir que en un molino, no muy lejos de las líneas, se encontraba el Estado Mayor del frente fascista y aseguraba además que sería fácil el prenderlos. Nuestro Estado Mayor pensó que debíamos pasar un grupo con él para verificar aquella información y tantear el terreno.

Nos encontrábamos planeando la acción en el término de Sotodosos, cuando a las seis de la tarde nos llega la noticia de que se había pasado un soldado franquista y había declarado en contra de nuestro amigo. El soldado declaró concretamente que había un hombre que era caminero en Sotodosos y que se había pasado a la zona republicana con intención de traicionarnos. Y para mayor aclaración nos dio su nombre y apellidos.

Así pues resultó que ná me equivocaba al desconfiar de él y mis sospechas fueron confirmadas.

Aquel hombre fue detenido y encarcelado y dicen que cuando acabó la guerra le dieron unos miles de pesetas y abrió una taberna en Sigüenza.

Qué poco me confundió aquel individuo, y qué pena más rara debía embargarle cuando se pasaba noches enteras tocando la bandurria para entretener a la parroquia; en el baile donde íbamos a gastar las diez pesetas diarias que nos daban.

Después de este individuo, por el que pudimos haber muerto muchos de satisfacer sus planes, todavía se pasó otro de La loma, casado en Ribarroed donde. Era hijo del señor Frutos, un hombre que junto a dos de sus hijos, Vicente y Manuel, se había inclinado hacia el bando republicano, mientras que este otro se quedó con las fuerzas franquistas hasta el día que se decidió (o tal vez le obligaran) a cambiar de aires y pasar a nuestras filas.

Este hombre al igual que el de Sotodosos se dedicó a contar mentiras. Pero a éste no le sirvieron porque le amenazamos y enseguida confesó. Al principio decía que no, pero después reconoció su condición de espía.

Luego de aquel capítulo de los espías, yo continuaba por esos días esperando me concedieran la baja que pedí; al final llegó.

Me trasladaron a Madrid, y de allí a una brigada que se encontraba entre el monte de Saelices y Sotodosos, ostentando ya el grado de teniente. Llegué a mi nuevo destino a las cuatro de la tarde y el capitán, quien me recibió enseguida, me presentó a la sección que tenía que mandar.

Allí también sucedió rápidamente algo que no me gustó. El capitán me comunicó que en mi sección había un catalán que había intentado evadirse en dos ocasiones y su idea, la del capitán, era que me lo llevara a dar una vuelta por las trincheras a eso de las dos de la mañana, y que allí me lo cargara. Nada menos ineinudó, según palabras textuales, que le arrearé cinco tiros. Así de brutos eran algunos.

Por supuesto el capitán ignoraba mi forma de pensar. Cuando uno lleva dos estrellas debe saber portarlas. Además para esas cosas existe un tribunal y lo más fácil era detener al soldado y llevarlo ante ese tribunal. Luego si lo declaraban culpable y por casualidad lo condenaban a muerte, también existe un pelotón de ejecución dispuesto para llevar a cabo ese sucio menester.

Teniendo aquel capitán, y dado mi condición de recién incorporado, no pude hacer otra cosa que advertir al catalán de su situación. Lo busqué y le dije:

- Si eres falangista o cualquier otra cosa márchate porque tengo la orden de matarte por detrás, pero mi madre no me parió para ser un criminal, y prefiero no hacerlo; así es que lárgate en cuanto puedas.

Cometí el error de no decirle mi nombre y cuando acabó la guerra aquel episodio no me sirvió de atenuante. El día que me presenté en Maranchón a la guardia civil por primera vez me dijeron que la declaración de aquel catalán estaría en Sigüenza, y la segunda vez me comunicaron que figuraba mi nombre en tal declaración.

Una tarde, estando en nuestra posición, empezó la artillería enemiga a descargar contra nosotros. Nos encontrábamos junto al "Cerro Blanco" en una planicie, tan llana como la palma de la mano, y allí se ensañaron con nosotros. Llegaron a lanzarnos más de mil obuses.

Yo recibí órdenes de que había que morir antes que abandonar aquella posición; y allí resistimos sin responder al ataque porque teníamos la munición muy escasa.

Cuando vieron que no rechazábamos su ataque, avanzaron por aquella llanura cantando su "cara al sol" y luciendo sus camisas viejas alegremente. Sólo pudieron llegar a las albradas porque de un golpe les arrojamos la poca munición que nos quedaba. Aquello resultó suficiente y detuvimos su avance.

Por las noches teníamos que situar, cien metros delante de las albradas, un escucha que vigilara y pudiera prevenir un posible ataque.

En el momento del relevo de aquel centinela qué triste resultaba avanzar hasta él en medio de la noche oscura, tropezando con los cadáveres de todos los que allí habían quedado para siempre. Se nos erizaba el pelo con sólo mirar aquellas caras, aquellos rostros que reflejaban el horror y el dolor de la muerte.

Pobres muchachos, algunos tan jóvenes, y pobres madres, aquellas que veían marchar a sus hijos a defender intereses ajenos, los intereses de un "puñado" de capitalistas que sólo servían para lucir medallas a costa de la sangre de toda esa gente, inocentes en su mayoría.

Entre aquellas imágenes siniestras continuó la guerra un tiempo más, hasta que se vislumbró el final; un final sin alternativa posible para nosotros.

El día que Casado y su gente hicieron el arreglo con Franco para terminar la guerra, no resultó tal arreglo. Lo que en realidad hicieron fue cometer un crimen: nos entregaron sin condiciones.

Cuando Casado regresó después del pacto con Franco, reunió a todos los mandos y luego nos comunicaron que habíamos perdido la guerra. Fue el día doce de marzo.

Nos teníamos que rendir sin condiciones, y lo más duro era que nuestros soldados no debían saberlo.

El día 28 a las cuatro de la mañana todo acabaría con una bandera blanca y la entrega al enemigo de nuestras armas y de nosotros mismos.

Yo no lo resistí. Reuní a mi Sección y les conté la realidad; les hice ver la trágica situación. Les dije que España continuaría siendo un río de sangre en el que nosotros desempeñaríamos el papel de víctimas, y que sólo verían cárceles y campos de concentración. Así de duro resultaba ese momento en el que sabíamos que empezaba nuestro calvario. Les di carta blanca para elegir y para decidir escapar (intentarlo al menos) o entregarse.

Al oscurecer de aquel día hablé con un enlace que teníamos y le pregunté si había pertenecido a alguna entidad o algún partido. El me contestó que conservaba en casa el carnet de la Falange. Entonces yo le dije que se pasara definitivamente al enemigo. Evidentemente no era lo mismo pasarse antes que después de haberse declarado la rendición.

Cuando aquel hombre llegó a las líneas fascistas les dijo que había ido por un consejo del teniente.

Un mes más tarde me envió un aval que para mi condena de nada sirvió. Pudieron más las malas referencias de la Junta clasificadora que formaron en mi pueblo. El único de esa junta que habló bien de mí fue el alcalde, Gregorio Tamayo, al que decir la verdad sobre mí le costó el cago.

Tras la derrota yo también intenté escapar. Deje la sección de incógnito poniendo rumbo a Valencia para ver si allí era posible embarcar hacia el extranjero. Pero fue demasiado tarde y los puertos estaban ya demasiado controlados por los traidores de nuestro bando que se "convirtieron" al franquismo y la mayoría de ellos miembros del Alto mando.

Dada la situación, regresé a casa donde seguro que habría una familia esperándome. Aquello ocurría el 22 de marzo de 1939.

Así pues, la guerra había concluido y a partir de ahora se me esperaba, como al resto de mis compañeros, lo peor. Tendríamos que pasar días trágicos, quizás peores, que durante la campaña.

En lo que a mí respecta puedo asegurar que entonces empezó mi verdadera historia, la historia de un muerto resucitado, como yo la he dado en llamar, teniendo en cuenta que lo que me sucedió bien justifica esa paradójica expresión.





TONY

mis problemas iban a empeorar con acusaciones estúpidas y maliciosas de cosas que habían sucedido incluso antes de la guerra. Una de ellas, que me costó cara sin haber intervenido en lo que se me imputaba, fue la que describo a continuación:

Una noche, que bien pudiera haber sido una noche cualquiera, estuvieron jugando en mi Café a ese juego que llaman el tute, unos cuantos vecinos del pueblo clientes habituales míos. Eran todos casados a excepción de Angel Sancho, que a sus ochenta y dos años, hoy, todavía no se ha casado.

Cuando todos ellos se marcharon, embasté una caballería y me fuí a casa de Juanito "el morata", que dista unos dos kilómetros y medio de mi casa, a por tres cajas de gaseosa que necesitaba para el día siguiente.

Regresando a casa tropecé con una moza, de nombre Ana, que venía por la calle tremendamente afectada y gritando como una desesperada algo así... "¡Pobrecica!, ¡cuánto habrá sufrido la pobre!". La moza, que sólo decía eso, continuó calle abajo hasta casa de una hermana suya llamada Cipriana y que también era una pájara de cuidado. Aquella mujer, cuando pasaba frente a las casas de los republicanos, nos gritaba, "esta mañana ya se habrán desayunado con una taza de agua".

Yo le pregunté a nuestra vecina, la señora de Gregorio Tamayo, que si había muerto alguien y me contestó que habían "quemado a la Soledad". La Soledad resultaba ser la Virgen de la Soledad, o mejor dicho, su imagen.

Bensé rápidamente que aquello me repercutiría y que esa gamberrada se la adjudicarían pronto a alguno de los clientes del Café a pesar de que yo allí no había oído nombrar nada en absoluto. Y efectivamente acusaron a un grupo de tres o cuatro que hacia las tres de la mañana habían sido vistos vagando por el pueblo. La verdad es que no se equivocaban, porque aquella payasada resultó ser obra suya.

Llamaron a la guardia civil, que por aquel entonces no tenía demasiada autoridad, y como era lógico, no demostró nada.

No obstante, y sin disculpar en ningún modo su fechoría, hay que decir que aún tuvieron conciencia y en realidad no quemaron la Virgen, o al menos lo hicieron con cierto respeto porque la desvistieron de su manto y lo libraron de la quema dejándolo en el altar.

Tampoco se le quemó la cabeza, por lo que Ana también gritaba:

- Todavía ha hecho Dios un milagro porque la cabeza no se le ha quemado. Claro que, cómo se le iba a quemar, teniendo en cuenta que estaba hecha de yeso. Así pues como quiera que respetaron sus ropas, que la cabeza era de yeso y el arañón de hierro, en realidad resultó que sólo quemaron las devanderas, que cualquier hubiera podido reponer, porque en casi todas las casas había alguna, y no se hubiera enterado nada.

El caso es que cuando acabé la guerra quemar santos resultaba un verdadero delito, un delito tan grave como el de asesinar a una persona, y a mí, y a eso es a lo que pretendía llegar me cargaron también con ese muerto.

Esto fue solamente un caso, un ejemplo más. Pero imaginad leyendo este relato cómo prosiguió mi vida y cómo se produjeron los acontecimientos después de terminada la guerra.

Yo me presenté en la comandancia militar que tenían en Guadalajara y tras revelar mi identidad comenzó el interrogatorio por parte de un comandante y un sargento, este último en funciones de escribiente.

-¿Fue usted voluntario o no? (preguntó el comandante)

-Pues sí...y no, puesto que en mi pueblo entraron muy tarde las tropas de Franco. Pero el primer día que llegaron ya me tenían incluido en la lista de fusilamientos, seguramente por el único motivo de tener un café. Aquello me obligó a marchar.

-¿Quiere usted ir a su pueblo?

-Sí mi comandante.

-Bien, pues hágale un escrito para que vaya a su pueblo y allí las autoridades y la guardia civil decidan lo que quieren hacer con él.
(concluyó tajante y dirigiéndose al sargento)

Lógicamente a su última pregunta tuve que contestar que sí, que quería ir a mi pueblo definitivamente, de lo contrario hubiera demostrado tener miedo y eso en aquella situación no me convenía.

El sargento al cumplimentar el documento me hizo una pregunta que yo hubiera preferido no responder.

-¿Ha tenido usted graduación?

-Sí señor; he sido teniente.

Aquella respuesta cambió la expresión del sargento que se apresuró a comentar...

- Mi comandante, mire que pájaro habrá sido éste cuando llegó hasta te niente.

Después de aquello me sentí muy abatido. En aquel momento habían cometido conmigo, como lo hicieron con el resto de mis compañeros, el crimen más grave que pudo cometer Franco con los vencidos: inhibirse y dejarnos en manos del pueblo. Dejar la justicia al arbitrio y bajo la voluntad del pueblo era lo mismo que dictar sentencia en favor de las envidias, el odio, y la venganza. ¡Cuántos muertos produjo aquella justicia popular!

Todo dependía de la benevolencia o la crueldad de quien tuviera que decidir qué hacer con el hereje. Y de este modo en Saalices, pueblo limero al mío, donde el alcalde resultó ser un hombre justo, no murió nadie a pesar de que la mayor parte de la juventud de l pueblo, habían defendido los intereses de la República durante la guerra.

Pero tampoco los alcaldes podían ser justos. El de La loma y otro compañero suyo fueron ejecutados por requerimiento e intervención de los de Ablanque, Ribarredonda y Riba. ¿Cuál fue su culpa?. Doroteo, que así se llamaba consiguió la independencia de su pueblo con respecto al de Ablanque del que dependió hasta el advenimiento de la República. Por ese motivo, el haber logrado la independencia de su pueblo, se ganó su sentencia de muerte el día que la dictadura llegó.

Cuántas muertes sin sentido se cometieron bajo el denominador común de la envidia y el odio de por medio.

A Isidro, un joven de Riba, lo mataron sin entender nada de política. Su única culpa era la de tener una mala costumbre: robar algún tomate colorado de cualquier huerto si cuando pasaba le apetecía. El que lo denunció aseguró que se lo habían llevado para darle un escarmiento (por algo que la mayoría si no vemos normal, al menos cierto es que no le dábamos importancia). Pero la realidad es que a mí me contaron que lo habían llevado a Alcolea y allí le habían dado una atroz muerte por su condición de ladrón.

Después fusilaron a Angel Bueno por obra y gracia de tres o cuatro caciques entre los que estaban el secretario y "el navarro", según me dijo

Lucas Bueno a quien le llegó la información de Vicente Moreno, ya difunto.

¿Por qué murieron nuestros hermanos y todos los demás? Por culpa de esos víboras, de esos buitres que además se quedaron con nuestras casas y nuestras tierras durante los tres años de guerra. Luego todavía tuvieron la osadía y la desvergüenza de llamarnos ladrones, canallas y criminales cuando volvimos al pueblo. A mí me gustaría conocer a las viudas de los que nosotros matamos y a los hijos de aquellos a quien robamos sus propiedades.

Pero prosigamos con mi historia. Desde Guadalajara me fui a Lapuerta, el pueblo donde estaba mi familia. Allí aparecieron también mi segunda madre, Demetria Hornero, y una cuñada suya, la señora Benita, que volvían de Riba de ver cómo estaba la situación. ¡Cómo llegaron!. Habían recibido una paliza y les habían obligado a cantar el "car al sol" y a dar vivas a Franco.

Aquellos hijos del diablo, que no de Dios como ellos creían, me obligaron a volver y presentarme a las autoridades dadas las circunstancias y el peligro al que estaba expuesta mi familia.

El día que regresé a mi pueblo para presentarme esperé a la noche para entrar. Cuando pasaba por el puente de los arrieros, que así le llaman, llegó un rebaño de ovejas conducido por un hombre que marchaba envuelto en una recia manta. Yo le di las buenas noches y al escuchar su voz me dijo:

-¿Pero eres tú?. Pues mañana te matarán.

-¡Hombre señor Mariano!(contesté yo)¿Así me agradece usted que le escondiéramos en casa de la tía Santos, y que yo mismo fuera a avisar a su yerno de que estaban los milicianos?

El muy frío me respondió:

- Sí, en esto tienes razón, y te estamos agradecidos, pero vais a morir todos. A tu primo Ballesteros y a Pedro "el cadenas" ya los han matao.

Aquello quedó así y yo me fui bastante asustado. Aquella noche dormí en casa de Genaro Sancho y al día siguiente por la mañana, a primera hora, me presenté al alcalde, Gregorio Tamayo.

- Te haré un informe para que te presentes a la guardia civil de Maranchón. (me dijo el alcalde) Media hora después me dió el informe)

Léelo antes de cerrarlo (precisó)

En efecto, el informe era bueno. Confesaba que yo había votado siempre a la República pero que por contra, nunca había molestado a nadie.

Con aquel buen informe me eché a la carretera. Había una buena caminata. Serían como veinte kilómetros. Cuando llegué al cuartel me recibieron el cabo y un número. Les entregué el sobre y lo leyó el guardia comentándole al otro...

- Ya tenemos aquí otra venganza. El informe es bueno pero ya hemos recibido las órdenes del médico de Cobeta (el famoso capitán de requetés) para que se presente allí.

Aquello me derrumbó por completo. yo sabía perfectamente lo que eso significaba.

-Pues si voy a ir a Cobeta, ya sé que voy a morir. (exclamé totalmente convencido de que sería así)

-¡Hombre!... el informe es bueno... (repuso el cabo con voz de poco convencimiento)

Y sabía que el que iba a Cobeta ya no regresaba. Allí se fusilaba a la gente sin tomarle declaración. Pero por otra parte me consolaba el saber que aquello podría representar la garantía de tranquilidad para mi familia. Pensar que les dejarían para siempre en paz agenuaba mi pesar.

Volví a la carretera, esta vez para recorrer los 25 kilómetros que median entre Maranchón y Cobeta.

A mitad de camino entre los dos pueblos existe una gran extensión de pinos donde trabajan los resineros, y allí me encontré con un caminero que se hallaba cumpliendo con su quehacer. Después de darme los buenos días, me preguntó:

- ¿Dónde va usted por aquí?

- A Cobeta; he de presentarme al médico

El hombre que también conocía lo que aquello quería decir se sorprendió un poco.

- ¿No habrá sido usted guerrillero?

- Si.

- ¿Y va usted a presentarse? No sabe lo que hace. Le van a matar en cuanto llegue. ¡A los quintos infiernos me iba yo antes de entregarme para morir!

Qué razón tenía aquel hombre y qué tonto fui de no hacer lo que luego tuve que hacer por obligación, a las puertas de la muerte.

Antes de llegar a Cobeta me detuve en Ablanque, donde vivía Dionisio Muela, un primo mío que pensé podría interceder por mí de alguna forma supuesto que el también era requeté.

Mi visita resultó bastante lamentable y mi primo no accedió ni siquiera a darme la mano por miedo a mancharse, según dijo él. Muy al contrario, me obligó a ir al ayuntamiento de Ablanque para someterme a interrogatorio. El mismo me interrogó -qué ingenuidad la mía- ayudado por otro, guarda de la Unión Resinera Española. Ambos estaban designados, al parecer, para interrogar a los ex-milicianos.

Terminado el interrogatorio, y como no debieron quedar satisfechos, me llevaron a un calabozo, donde pasé todo el día y la noche sin comer.

Al día siguiente mi primo me abrió el calabozo y con un gran cinismo me dijo...

-¡Venga, a Cobeta!. Allí te darán los requetés el desayuno.

Así pues, me cabe el deshonor de tener que admitir que el primer hombre que me encerró en un calabozo fue un primo hermano mío.

Todavía intenté recurrir a otra intercesión, que también resultaría inútil. En esta ocasión se trataba de unos familiares de mi segunda madre, que eran de Molina de Aragón. En el camino de Cobeta intenté valerme de aquel recurso y escribí un papel haciendo saber que la buena mujer había salido en dirección a Molina para visitar a su familia. Los Arenas, gente muy importante allí porque tuvieron un hijo catedrático y, lo más interesante, varios militares. Dos de ellos murieron en el frente de Africa -y les hicieron una estatua en Molina-, y el otro era un coronel de zapadores que congenió mucho, y yo lo sabía, con el capitán requeté de Cobeta.

Aquella arducia surtía efecto momentáneamente, hasta que el siempre famoso médico de Cobeta, fue a Molina y se cercioró de que al coronel le daba igual la visita porque nunca intercedería por mí. Al revés, me mandaría a la cárcel él mismo, según le dije al capitán requeté.

Así pues, podéis comprobar la admiración que sentían por mí algunos de mis familiares.

De todos modos aquello sirvió para regresar unos días a casa.

La primera vez que fui a Cobeta vi a Lorenzo Bailesteros, mi primo, aquel que me dijo el Sr. Mariano que ya habían matado. Todavía no lo habían hecho. Se encontraba con Vicente, un compañero de Ablanque.

Cuando el capitán me mandó provisionalmente a casa, Lorenzo me pidió dar recado a Ilumina de que estaba bien.

Dos días después se llevaron a otros dos de mi pueblo: Gerardo Loscos y Carmelo Ortiz. Curiosamente los tenían en la cocina porque no les encontraban ningún delito o al menos ninguna prueba de culpabilidad.

Yo me fui para Riba con el consentimiento del capitán, como ya he dicho antes. Cuando los "pirañas" de mi pueblo me vieron regresar y comprobaron que no me habían matado, no salían de su asombro y no cesaron de murmurar hasta mi nueva marcha hacia Cobeta. Esta se produjo cuando mandaron a Carmelo Ortiz a casa por no encontrarle culpa. Con él me llegó la orden de presentarme nuevamente a los requetés. Recuerdo como cuando me comunicó la orden en la puerta de mi casa, me repetía y me insistía una y otra vez:

- Y...y ves solo, y por tu voluntad, porque si vienen a por tí te darán alguna paliza que te hundiran a golpes.

Así que enseguida me encontré por segunda vez en el camino hacia Cobeta, y en esta ocasión sabía que para siempre.

Al llegar a la plaza de Cobeta encontré al médico en la puerta de su casa hablando con un tal Francisco, propietario de una tienda, y pude oír cómo le decía...

- Tú tranquilo, vete a casa y si algún día van los requetés a por tí sé rá para tomarte alguna declaración.

(Después me enteré que aquella misma noche fueron a por él, y ya no lo vieron más en su pueblo.)

Esperé a que terminaran de hablar y me dirigí al capitán:

- Se presenta Lino Muela.

- Se presenta un cuentista. (me replicó él)! Venga conmigo!.

Y me llevó a una casa donde tenían más detenidos. Me metieron en un cuarto de reducidas dimensiones, -no tendría ni dos metros cuadrados- donde estaban también Gerardo Loscos y otro compañero que hizo la guerrilla con nosotros. Aquel cuchitril era algo así como una cámara de torturas por el que al parecer todos los inquilinos de aquella casa iban pasando.

Entraron conmigo el capitán y un soldado que era de su mismo pueblo, de Blancas, de donde también era "el maño" de Riba.

Aquel soldado ayudó al capitán. Me ataron los pies y las manos asegurándose de mi imposibilidad de movimiento, y comenzaron a golpearme. Fue un rato horrible. Parecía que nunca iban a dejar de pegarme, y lo cierto es que no sé cuánto duró aquella odisea de golpes, porque perdí el conocimiento. Me golpeaban con una bomba de lafite brutalmente. Una y otra vez sentía que se me abría la cabeza cuando el saliente de hierro del artefacto prácticamente me hundía el cráneo. Yo, desfallecía por momentos. Ya no veía. Sin embargo adivinaba, porque seguía sintiendo, la trayectoria del brazo del soldado y de la bomba que se aferraba en su mano. La sensación del violento impacto desaparecía un instante para resurgir con más virulencia. Tampoco podía ya razonar, ni siquiera coordinar ideas; un solo pensamiento se apoderaba de mí: cada vez me obsesionaba más la idea de que me estaban matando.

Cuando desperté, estaba tumbado, sin fuerza alguna para incorporarme. Tenía un dolor de cabeza infernal, y no podía ver porque una cortina de sangre cegaba mis ojos.

Continuaba teniendo la sensación horrible de la muerte cerca de mí. Sin embargo el día fue transcurriendo, aunque muy lentamente, y llegó la noche. La pasé contando las horas que marcaba el reloj de aquella casa. No podía hacer nada más. Sólo esperar; esperar impotente el desenlace final.

Llegó el amanecer, y a la mañana, hacia las siete o quizás antes, apareció una muchacha con una cacerola de patatas. Era hija del alcalde, Mariano Muela como mi padre -no en balde eran familia el uno del otro+. Este alcalde tenía un hijo que era sargento requeté y que también estaba en Cobaca sirviendo al médico.

Al mismo tiempo que el hijo del alcalde llegó el capitán y me hizo llamar para tomarme declaración. El soldado de su pueblo le aclaró que yo estaba desayunando y el capitán decidió que continuara y que me presentara después de acabar. Pero yo me apresuré a hablar y les dije que no tenía hambre y que podía ir en aquel mismo instante. Ese atrevimiento me costó caro. Comenzaron nuevamente a azotarme y rápidamente se abrió la herida empezando a sangrar abundantemente. Lo cierto es que sangre llevaba en muchas partes de mi cuerpo porque los golpes habían sido abundantes y a lo largo de toda mi anatomía, pero de la cabeza la sangre brotaba literalmente, porque durante la paliza se habían dedicado con esmero en ella. Tanto es así que hasta el suelo llegaban verdaderos regueros de sangre.

Me pusieron en pie y entre el soldado de Blancas y el sargento, el hijo del alcalde, me llevaron a presencia del capitán, que se encontraba en otra casa. Cuando llegué ante él se sorprendió de verme nuevamente ensangrentado (él no había participado en la segunda tanda de golpes. Fue decisión, según me dió a entender, del propio soldado después de haber abandonado el capitán la otra casa) y me preguntó que quién me había pegado. Yo desafiante y sabiendo que iba a morir, razón por la que todo me daba igual, le repliqué...

- ¿Es que no ha sido usted quien ha dado la orden?

- ¡No! Yo no he dado la orden de pegarle. (contestó colérico)

- Pues entonces, ¡vaya unos soldados que tiene! Yo fui teniente y mis soldados nunca hicieron nada sin mi permiso.

El celló momentáneamente. Sólo me miraba. Debía representar un desagradable espectáculo, un auténtico drama, el verme, porque la sangre fluía incesante hasta el extremo de nublar me la visión nuevamente.

De todos modos aquel carnicero requeté, a pesar de ser médico, no hizo nada por impedir que me desangrara. Ni él, ni el sargento, que era primo mío, ni por supuesto el animal que me propinó la paliza.

La mayoría de todas aquellas salvajadas me las hicieron, dicho sea de paso, en presencia de Gerardo Loscos. ¡Cómo se debió sentir el pobre!

Cuando se decidió a volver a hablar me preguntó si conocía a los de Lahuerta, a los de La loma, y a los de Ablanque. Yo le contesté que sí, y él entonces me confesó que ya estaban todos en el "cajón".

- Va usted a firmar su declaración y después se irá a su casa. ¿Conoce bien el camino de Ablanque? (me dijo)

- Sí señor. (le contesté)

- Pues no se salga usted del camino porque mis soldados pueblan el monte y podrían desaparecerle. Firme usted este papel y márchese.

Yo no veía nada en el papel, tal vez porque nada había escrito o tal vez por mi estado. El caso es que él me sujetó la mano y me ayudó a firmar. Por lo tanto se puede decir que quien firmó fue él y no yo.

Aquel episodio estaba tocando a su fin y yo a punto de marcharme cuando se sintió un altercado en la calle. Era un ajuste de cuentas de los fascistas con la familia de "los barrabases", como les llamaban.

En la plaza, comenzaron a pegarles. Toda la familia al completo, más un joven que había estado con nosotros, estaban siendo víctimas de las iras fascistas.

El médico me prendió de un brazo y me llevó hasta una ventana desde la cual se podía contemplar el espectáculo adecuadamente.

- ¡Mira!, ¿qué te parece la justicia del pueblo? (me dijo con una cínica sonrisa y sin perderse nada de aquella función)

Buenas ganas me quedaron de contestarle, pero decidí no hacerlo y ahorré energías para el camino.

Cuando salí tuve que pasar junto a los cuerpos tendidos en el suelo. Aquel cuadro era espantoso. Habían hecho una auténtica masacre.

La hija de los "barrabases", que creo se llamaba Macaria, dejaba escapar de su cuerpo un gran regato de sangre, y su lengua se podía apreciar claramente cómo estaba fuera de la boca lo que hacía pensar que se encontraba muerta. La madre por contra todavía respiraba y se movía algo en el suelo. El joven estaba muerto seguro, y el señor "barrabás" también lá parecía. Sabían hacer bien su trabajo aquella manada de carniceros.

El capitán me había repetido otra vez antes de irme que no dejara el camino pero yo le gané la partida. Sabía a ciencia cierta que si seguía sus instrucciones no viviría para contarlo y también sabía que aquella era otra de sus maneras favoritas de matar: sorprender a la gente de regreso a casa. Lo conocía por referencias. Así, cuando salí de Riba camino de Cobeta, estuve con Gregorio Tamayo, el alcalde, y me comentó que había sucedido algo raro:

-No sé cómo será que el médico de Cobeta me mandó ayer un parte a mí, y otro a la guardia civil de Maranchón, notificando que salían hacia aquí Lorenzo Ballesteros y Vicente el do Ablasque, y el caso es que no han "llegao" todavía.

-¡Qué ignorante que eres!. Seguro que salir sí salieron pero en el camino los habrán matado. Por eso nunca llegarán. (le dije yo)

-¡Eso sería lo último!.

Y lo cierto es que nunca más se les vió.

Seguro que a mí me habían preparado la misma sorpresa que a ellos, pero bien se la jugué al sanginario del médico.

En cuanto salí de Cobeta torné rumbo hacia Molina buscando los pinares. Pasé por la dehesa de Solanillos, por "el toril", por "los centenares", crucé por "el gijar", atravesé por "la piejera" y tieso, a casa. Tuve que estar dos días sin comer pero salvé la vida cambiando de trayecto.

Cuando el día siguiente me vieron en el pueblo, la gente no podía creer que hubiera salvado la vida, -la verdad es que yo casi tampoco después de haberla sentido tan cerca el final- y además ya era la segunda vez que regresaba vivo de Cobeta. Aquella gesta la realizaba muy poca gente puesto que allí les gustaba matar, y además lo hacían de varias formas; siempre con

mucho cinismo, eso sí, y sino es contaré otro caso como demostración de esa cualidad suya. Para ello he de remontarme tiempo atrás, y retroceder hasta la visita que hice a un primo de mi padre y su familia, en Cobeta, antes de mi primera presentación al capitán.

Fui a verlos aprovechando que estaba en ese pueblo, donde era secretario, y enseguida de llegar me pidieron que me marchara teniendo por mi vida y por la de ellos mismos. Habían sufrido un episodio hacía algunos días que justificaba esa actitud y que me relataron de la siguiente forma:

- Hace tres días vinieron unos sobrinos nuestros a vernos, y en cuanto entraron en casa llegaron a por ellos. Nos dijeron que era para tomarles de claraciones, pero como sabíamos que mataban a todos los que estuvieron en la zona republicana tomamos por sus vidas. No nos equivocamos. Al cuarto de hora apagamos la luz, que ya estaba bien entrada la noche, y pronto oímos las descargas. Al otro día tuvieron la mala entrafía de venir a preguntarnos si habían dormido bien.

Esas fueron sus palabras, y creo que son prueba evidente de la mezquindad, de la osadía y del sarcasmo con que obraban aquellos sinvergüenzas.

Continuando nuevamente con la cronología de los hechos, llegamos al momento en que por segunda vez regresé de Cobeta decidido a cultivar mis tierras. Pregunté a la guardia civil si podía hacerlo, y me contestaron que sí, según las disposiciones de Franco.

Como él había ordenado que nos tenían que devolver todas las propiedades, yo informé que me faltaba una mula de la que se había apropiado el alcalde de Cobeta. El cabo de la guardia civil me instó a buscar cuatro testigos porque de esa forma, según él, no se podían negar a devolvérmela.

Encontré los cuatro testigos y me fui con sus testimonios en mi favor a Guadalajara, para presentarme en una oficina donde diligenciaban ese tipo de asuntos. Ya estaban rellenando mi impreso cuando llaman a la puerta del despacho. ¡Qué sorpresa! Era nada más y nada menos que José Loscos, el secretario de mi pueblo. Supongo que se habían alguna seña con el encargado del despacho porque enseguida me hicieron salir.

Cuando volví a entrar transcurridos a penas diez minutos, ya todo eran impedimentos y problemas que habían surgido. Y no se andaron por las ramas para comunicármelo...

- No tiene usted derecho a comer pan. (me dijo tajantemente el oficinista)

Así pues, con la injusticia de por medio y como única aliada, tuve que desistir de aquel empeño. Ya se había ocupado bien el secretario de dejarme sin mula.

Pensé que si tenía que pasar todo el día en Guadalajara, hasta la hora de coger el autobús, la policía tendría tiempo suficiente para interrogarme si el amigo Joselito había requerido mi detención bajo cualquier pretexto. Así que decidí dar un paso de unos diez kilómetros hasta la siguiente parada del autobús.

Como podéis observar tuve que ir adelantándome siempre a los acontecimientos.

De todos modos como la guardia civil me dio permiso para sembrar mis tierras me inicié en esa faena, si bien antes que pude empezar a sembrar el trigo hube de pasar por muchos problemas.

Las tierras de mis suegros las había tomado durante la guerra el "Angelón", de Ribarredonda, y aquel individuo no las quería abandonar.

Un día estaban siegando una cerrada que nosotros teníamos en las eras y cuando acabaron llevé una caballería para que comiera un rato. Aquello se convirtió en una sarta de improperios y ofensas hacia mí y mi familia. Se sentían con derecho sobre nuestras propias tierras y tenían la osadía de insultarnos llamándonos ladrones, cuando de existir alguno, estaba claro que eran ellos.

Mi segunda madre y yo íbamos a recoger el restrojo y aprovechábamos lo que dejaban para valernos de ello durante el invierno porque no íbamos a tener nada.

Hubo de todos modos gente que se portó bien como Gregorio Tamayo que me ofreció unas cargas de paja de la que tenía en la era. Pero aquello era una excepción, porque el resto, cuando más, se dedicó a crearnos problemas.

Un hermano de Gregorio, Braulio Tamayo, se sirvió de un huerto de alfalce que yo había dejado sembrado. Y ocurrió que un día bajé al huerto y corté un fajo para dar de comer a mi caballería. En cuanto Braulio se dió cuenta, lo cortó todo y lo subió a secar a la puerta de su casa. (He de hacer aquí un inciso y comentar que a pesar de todo, hoy, cuando voy al pueblo, los hijos de este hombre me saludan y me tienden su mano, y yo lo acepto porque ningún hijo es culpable de los actos de su padre.)

Por aquel tiempo, todos los días teníamos que presentarnos al alcalde, que era Gregorio, pero como se portaba bien con nosotros y siempre decía la verdad, fue sustituido por Hilario Villar, un hombre de derechas que a mí no me gustó nunca pero que, en honor a la verdad, tampoco nunca me insultó.

Hilario Villar hubo de marcharse del pueblo y teníamos que presentarnos en casa del teniente de alcalde, que se llamaba Rufo Moreno. Aquello empezó nuevamente a complicar el asunto.

Todo comenzó en la calle, con la gente. Un buen día pasaba yo por la puerta de la jefa de la Falange, y estaba ella sentada en una piedra junto a su casa, desde donde se dominaba la fuente. Como era de noche y la juventud se reunía allí -las mozas iban a por agua y se pasaba un rato divertido- aquel lugar estaba lleno de gente. La buena señora empezó a meterse conmigo a voz en grito.

-¡Mirad!, ¡mirad como se pasea el comunista!

Los jóvenes comenzaron a juntarse tras de mí y a lo largo de la calle emprendieron a insultarme y a incordiar. Me llamaban petardista, canalla, ladrón..., entre otras cosas.

(Aquella mala mujer, jefa de la Falange como ya he dicho, no tuvo luego inconveniente de casarse con un petardista, Timoteo Martínez, cuando éste iba a casarse con otra muchacha. Pero esta chica tenía un problema, y es que era hija de un buen hombre que mataron los fascistas fuera del pueblo. Todavía hubo luego otro caso parecido protagonizado por "el cadenillas").

Aquellos incidentes caldearon el ambiente y por esos días el ayuntamiento llamó a la guardia civil. Todo volvió a empezar.

El alcalde, Hilario Villar, fue listo y evadió su responsabilidad marchándose a la Alcarria a visitar a su familia. Dejó la obligación de entrevistarse con nosotros a Rufo, y a él se unió el odio y las ganas de venganza de otro hombre de ayuntamiento, Segundo Martínez, quien verdaderamente estaba herido, porque recordaréis que se llevaron a toda su familia los milicianos. De todos modos este hombre, Segundo, a la hora de la verdad, fue el único que reconoció mi buena voluntad.

Cuando los guardias me interrogaban, Rufo intervenía para que no me creyeran. "Es un cuentista" decía él.

Entonces yo conté a los guardias que yo había ido a visitar a los presos de mi pueblo cuando se los llevaron, y que les había llevado tabaco, y también les dije que Rufo debería estarme agradecido porque antes de la guerra le pegó a Elena, la mujer de Carmelo Cerezo, y la señora Elena cuando vino la guardia civil me puso a mí como testigo, y como no había visto nada no declaré contra Rufo, cuando podía haberlo hecho sin ningún reparo.

Allí estaba también durante el interrogatorio Baldomera Martínez defendiendo a ultranza las palabras de Rufo. También tuve que explicar a los guardias que Baldomera decía todo eso por resentimiento hacia mí que fui novio de su hermana durante cinco años y por problemas personales no había llegado a casarme con ella.

Entonces yo, que me sentía acorralado, dije que le preguntaran a su hermano Segundo, el del ayuntamiento, para que vieran que decía la verdad. Y menos mal que él reconoció la verdad de lo que yo estaba contando.

Estaba empezando a sentir un poco de alivio cuando apareció el famoso "maño", el del café, para acabar con mi resistencia. Desde las escaleras subía gritando...

-¡Cabo!, ¡cabo!, a ese de la chaqueta negra hay que darle "pal pelo". Hoy mismo tienen que matarlo.

El cabo se incorporó como un relámpago y le reprendió:

-¡Márchese de aquí!! Ya lo sabemos y ya estamos hartos de injusticias!

Aquel bandido agachó la cabeza y se fue, pero Rufo Moreno continuó insultándome.

De momento aquel episodio concluyó allí sin mayores consecuencias, pero el peligro, era claro que había vuelto a aparecer.

Me fui a casa y comimos. Después me marché con el macho que tenía, a cortar una carga de chaparral al lugar denominado "la cabeza del pino", donde Rufo tenía un atajo de cabras. Ató el mulo a un árbol y comenzó a talar. Al poco rato apareció Rufo, y a unos cincuenta metros (no se acercó más) me dijo...

-Eso sí que es un buen orden.

-Sí, el mismo que tienen los de ayuntamiento. (y después de esto le amenazé) Ven, ven aquí a decirme todo lo que decías a la guardia civil, que te voy a arreglar las cuentas.

Rufo echó a correr y supongo que no pararía hasta llegar a la fuente de Baldelpino, donde había otros dos pastores.

¡Qué valentía!. Si Franco hubiera tenido que ganar la guerra sólo con los españoles, con la cantidad de valientes que había como ese tipo, andaba listo. Pero él "sabía lo que hacía" y se alió con los alemanes, los italianos, los moros, y con todos los esquiroleos que tenían pagados ya años antes de la guerra como mi hermanastro Máximo.

Aquellos capítulos de odio y de rencor se repetían continuamente por parte del pueblo y así podría contar varios casos.

Otro día me pidió la señora Encarnación, esposa de Claudio Ramirez, que fuere a traerle unas cargas de trigo que tenía en una finca al otro lado del barranco de San Román. Cuando llegué a la fuente de la canaleja, me apeé de la caballería para beber agua fresca, y entonces, cuál sería mi sorpresa, ví a Baldomera Martínez, que ya sabéis quién es, bebiendo agua. Cuando llegué al lado de ella le pregunté, tan solo por decir algo, si estaba fresca el agua. Ella empezó a gritar como si lo hubiera hecho algo, y como estaban su

padre, una hermana y su hermano Timoteo, a los gritos acudieron todos.

Timoteo venía con la hoz en la mano y también gritó desafiante:

- ¡Ahora mismo te corto el cuello!

Resultó gracioso porque estaba con ellos, como peón, un chico de Saclices -no parece que era un tal Ingolillo-, y puso pies en polvorosa en cuanto vió que el asunto se ponía feo. Del susto que se dió, yo creo que llegaría corriendo hasta su pueblo.

Timoteo llegó a la cuneta del camino con la hoz en la mano, como digo, y volvió a pronunciar la misma amenaza. Entonces yo defendiéndome con otra amenaza le repliqué:

- Si pasa de la cuneta te broncho en dos

El pobre diablo se acobardó y allí quedó todo. La realidad es que a pesar de todos los trances que he debido pasar y las situaciones desesperadas en que me he encontrado, nunca tuve miedo a ningún hombre. En cierta ocasión les dije a los guardias, directamente en la cara, que el que me pegara a mí o a mi esposa le sacaba las tripas. Y lo cierto es que amenazas aparte, tengo el orgullo de que nadie nos pegó en el pueblo a pesar de que los domingos, cuando salían de misa, había una cuadrilla de "católicos" y "católicas" que se entretenían yendo a casa de los republicanos, de los rojos, como gustaban llamarnos, y les sacudían unos cuantos palos para calentarles el cuerpo y de paso si tenían un puchero y un plato listos para comer, se los rompían, como le hicieron a Salustiana, una mujer de mi familia.

Hubo familias que estuvieron dos días sin beber agua porque no se atrevían a ir a la fuente, a pesar de que la señora Cipriana tenía muy claro que sólo bebíamos eso a la hora del desayuno. Y así siempre gritaba muy ufana aquello de...

- ¡ya se habrán desayunao los rojillos con una taza de agua, que otra cosa no tendrán!

A aquella mala mujer la castigó Dios a no tener hijos por ser de tan mala raza.

Transcurría así el tiempo, entre enfrentamientos e incidentes por cualquier motivo, hasta que llegó el día en que desgraciadamente, me mandaron a Maranchón para que la guardia civil me llevara a la cárcel.

En la puerta del cuartel, el guardia que allí estaba me dijo:

- ¿Trae usted el papel?

- No señor, no traigo nada. Sólo me han dicho que me presentara aquí porque me tenían que llevar a la prisión.

Entonces el guardia me dijo que esperara al regreso del cabo del puesto, que al parecer había salido con una pareja para un servicio.

Cuando llegaron, el guardia que me recibió, le comunicó mi visita, y el cabo me llamó al despacho.

- ¿No le ha dado el alcalde ningún papel? (me preguntó el cabo)

- No señor.

- Pues yo llevo a la cárcel únicamente a los hombres con pruebas de su delito. Así que usted puede volver a su casa ahora mismo.

Yo, como siempre, suplexando y pensando en todo, en que me podían estar esperando los de mi pueblo en el pinar, le dije al cabo si podía hacerme un favor para regresar por Luzón. Mi idea era, desde allí, atravesar el bosque de "Reña" y entrar por "Los Milagros" a Miba. El cabo accedió y así lo hice.

Yo tenía mis recuerdos porque sabía que había en el pueblo mucha gente contrariada por no haberme matado el médico de Cobeta, y suponía que tal vez o temprano lo intentarían ellos mismos.

Y no me equivoqué. Aquella gente no pararon de maquinarse y barajar posibilidades, siempre con la idea fija de acabar conmigo. Lo triste y lamentable es que el día que me detuvieron definitivamente fue la noche que estaban bautizando a mi hija María. Hacía dos días que mi esposa había dado a luz, y decidimos cristianar a la chiquilla. Así que fueron a bautizarla y yo me quedé en casa.

Llegó un individuo llamado Aldomero con la orden de que me presentara en la secretaría en aquel mismo momento, porque me estaba esperando la guardia civil. Naturalmente yo le dije que esperaran un momento a que solicitara de la iglesia para poderle dar un beso a mi hija. Pero no lo consintió; tuvo que marcharme sin poder verla, sin poder besar a mi niña recién nacida. Eso es inhumano. Esa gente no tenían sentimientos, o cuando menos pretendían acabar con los míos. Todo aquello, y lo digo un vez más, fue producto de la envidia y del odio que por mí sentían. Querían darme donde más doliese.

Nosotros no consentimos matar a nadie y ellos, aquella Junta Clasificadora que nombraron, mandó fusilar a Ángel Bueno, que cayó prisionero, a un hermano mío, que fue herido, a Pedro Ortiz, a Lorenzo Ballesteros, a Lucio Ferranz (que murió de una indigna manera como más tarde contaré) y a Isidro, que no fue fusilado porque en el momento en que se disponían a hacerlo se aferró a un soldado, y como no podían separarlo de él, lo atravesaron con una bayoneta.

Aquellos que cometieron todos esos actos de vandalismo y que se llamaban hijos de Dios, me hicieron la sucia jugada de prenderme durante el bautizo de mi hija.

Cuando llegué a la secretaría estaban allí Mariano Sanz, Francisco Novella y Antonio García. Nada más llegar ya nos marchamos de Riba. Nos llevaron los guardias a Saelices, desde donde por la mañana, salía una exclusiva que pasaba por Cifuentes, lugar donde nos apeábamos porque allí se encontraba la cárcel.

Ingresamos pues en aquella prisión y pasó algún tiempo con normalidad, hasta que una mañana vino un soldado a buscarme al calabozo para que bajara con él al patio. Yo pensé lo peor. Creí que iban a fusilarme, pero no lo hicieron.

Aquel soldado, que era aragonés, no pesaría ni cincuenta kilos, pero los tenía todos de veneno. Me acercó un caldero de agua y me obligó a meter los pies, primero uno y luego el otro. El agua estaba totalmente helada y resultaba terrible el aguantar aquel suplicio. Pero me tuvieron así hasta que vieron que me mareaba.

A continuación me llevó a presencia del capitán para someterme a interrogatorio. Durante el mismo, no cesó de apuntarme con su pistola. Debí pensar que de ese modo me amedrantaría y asentaría a todas sus afirmaciones. Al no lograr nada de mí, me devolvieron al calabozo.

Al poco tiempo trajeron más gente de mi pueblo, entre los que se encontraba el padre de mi mujer.

Cuando yo llegué a la prisión ya todos los que había recluidos habían pasado por el tribunal. De los noventa, setenta y tres fueron condenados a muerte.

Quince días después de mi ingreso, nos formaron en el patio a cuarenta y nos sacaron de la cárcel para trasladarnos a una casa donde celebraban los juicios. Fuimos conducidos hasta la plaza donde se encontraba la casa, por veinte soldados en formación y con las bayonetas caladas.

Los jueces eran dos coroneles del ejército. Uno de ellos realizaba las acusaciones y el otro hacía de defensor nuestro -pero qué defensa nos iba a hacer si ni siquiera había hablado con nosotros-.

Yo presenté tres avales que contradecían los malos informes de la Junta Clasificadora de mi pueblo, pero no sirvieron de nada.

De los cuarenta, catorce fuimos condenados a muerte sin revisión de causa porque no teníamos derecho a ella según dijeron.

Después de la sentencia el juez nos preguntaba si teníamos algo que reclamar. Cuando me tocó el turno, le hice saber que yo quería ser fusilado en la plaza de mi pueblo, delante de los verdaderos criminales: los miembros de Junta de Clasificación y las cuatro brujas que pretendían regir la vida en Riba de Saelices.

El juez me mandó callar y me hizo sentar. Entonces el otro coronel, el que se supone nos defendía alegó que yo tenía varios avales, y comentó que uno de ellos afirmaba que me había negado a ejecutar a un soldado del bando nacional que era catalán, aún a riesgo de mi propia vida, y desobedeciendo las órdenes de mi capitán. A aquella revelación el acusador repuso que los informes de la Junta eran demasiado malos para contrarrestarlos puesto que me habían calificado de peligrosísimo y sospechosísimo.

- ¿Usted se fue voluntario? (me preguntó después)

- No señor; yo no me fui voluntario. Me vi forzado por las circunstancias ¿Qué hubiera hecho usted si hubieran ido a su casa a matarlo? Se lo diré yo: Se hubiera tirado por una ventana de haber tenido ocasión. Eso es lo que yo hice, ni más ni menos. (y concluí de esa forma mi corta intervención).

El coronel ordenó que me llevasen a la cárcel sin terminar el juicio. Todo eso lo podría certificar Francisco "el cardador", un chico de Riba que fue testigo de aquel juicio, siendo también condenado, pero desgraciadamente murió.

Dos soldados me condujeron a mí, en solitario, a la cárcel; pero estos soldados, que eran asturianos, resultaron ser tan rojos como yo o más, y cuando llegamos a la prisión me dieron una vuelta a hombros por el patio. El capitán, que fue testigo, no les dijo nada.

Un día, estaba en el patio de la cárcel con los compañeros de mi pueblo -es decir, con Antonio García, Mariano Sanz, Francisco Novella y Raimundo "el Diego", cuando vimos que traían nuevos reclusos a la prisión. Dos de ellos se vinieron hacia nosotros, y dirigiéndose a mí, me dicen...

-Qué suerte tuviste Muela; el día que te mandaron a Maranchón te estaban esperando en "los coloraos".

Aquellos dos hombres eran de Trillo y trabajaban talando pinos en ese lugar llamado "los coloraos" a que se habían referido. Ellos fueron testigos de que preparaban una fosa para mí unos individuos que encontraron en el pinar. Y no podían equivocarse porque uno de ellos confesó que la fosa era para "el chalamero" -que era yo-, por si regresaba de Maranchón vivo. También les explicó que no hacían más que mandarme a Cobeta y que allí no acababan conmigo, razón por la que me mandaron entonces a Maranchón, y si por casualidad también escapaba de allí con vida, ellos me la quitarían al volver, y me echarían al agujero que estaban preparando.

Los individuos que me esperaban en "los coloraos" eran, por supuesto, gente de mi pueblo, y concretamente Ricardo García, Timoteo García (ambos sobrinos de Antonio, uno de los que estaban conmigo en el patio cuando me lo contaban los de Trillo) y otros dos bestias más.

Al acabar aquella conversación Antonio García no pudo por menos que con

A pesar de la vergüenza que sentía, de que aquellos individuos que me esperaban, fueran sobrinos suyos. El pobre hombre se puso de muy mal humor / seguramente, no le faltaron ganas de pedirme perdón por el simple hecho de ser tío de ellos.

El tiempo iba pasando en la cárcel, y un día, un recluso llamado Sastra, que era de Villanueva, me habló de algo muy interesante. Al parecer había una forma de escapar y quería intentarlo. Y pensó en mí para ayudarlo, con lo cual podríamos fugarnos los dos.

El asunto me lo contó de esta forma...

La aviación de Franco bombardeó un día Esplugares, Sacedorbo, Canredondo y Cifuentes. En la cárcel donde estábamos, cayó una bomba que hundió el tejado de la parte norte,

Como nosotros: no teníamos apenas aviación para contrarrestar los ataques enemigos, teníamos que construir refugios para la población civil.

Aquel ataque hizo que la población tomara conciencia y comenzaran a hacer uno allí en Cifuentes.

Este camarada, Sastra, había participado en las obras y me contó que cuando llevaban cierta cantidad de metros de profundidad excavados, toparon con un muro de bloques fabricado con cemento. Lo abrieron y descubrieron un subterráneo que cruzaba todo el pueblo, desde un convento que había en la parte oeste, hasta la prisión, que antaño había sido también convento.

Siguió contándome que la bomba caída en la cárcel destruyó el suelo del primer piso, y justo debajo de ese lugar donde cayó, se encontraba situado el agujero que conducía al túnel.

Comentó que los presos habían colocado abajo, en la boca del túnel, unas tablas para que se detuviera la porquería, porque precisamente allí era donde se vertían todos los excrementos y residuos de la cárcel.

Así pues el problema estaba en introducirse en toda aquella escoria y conseguir abrir el subterráneo para después huir a través de él.

Yo me entusiasmé con la idea de poder escapar, sobre todo después de conocer lo que me esperaba allí dentro si no lo conseguía. No había alternativa posible, había que intentarlo y decidimos que fuera aquella misma noche.

Comenzamos la operación. En cuanto el amigo Sastra se colocó encima de los paneles que cubrían la suciedad, su peso los hizo romperse y, él primero, y después yo, nos hundimos en aquel mar de heces y porquería. Aquello resultó asqueroso en grado sumo. Resultaba un espectáculo nauseabundo. Estuvimos a punto de asfixiarnos, porque allí no se podía respirar. El olor se hacía insoportable, pero había que escapar.

El agua corrupto nos llegaba hasta el pecho, cuando descubrimos que el agujero del túnel estaba bloqueado totalmente, y no precisamente con tablas sino con piedras. Había unas tremendas piedras imposibles de mover.

Aquello resultó descorazonador, y allí terminaron nuestras esperanzas de vivir libres.

Después de nadar casi, entre aquella masa putrefacta, tuvimos que volver al calabozo.

Yo entré y me cambié de ropa, arrojando la que llevaba llena de mugre al estercolero.

Pero aquella aventura no iba a concluir allí desgraciadamente, y a pesar de haber tenido ya un mal final.

En mi celda éramos seis. Nos acompañaban, uno de mi pueblo llamado Domingo, que vivía en Lahuerta por haberse casado con una chica de allí, otros dos más, y uno de Sacedorbo a quien llamaban "El belloto", y que fue quien nos me denunció.

El muy cerdo se lo chivó al capitán, y enseguida vino un soldado a por mí.

- Lino Muela, preséntese en el cuerpo de guardia. (dijo desde fuera)

Se me cayó el alma a los pies porque imaginé rápidamente lo que aquello significaba.

Cuando llegué, los soldados estaban formados con sus fusiles y en espera de recibir las órdenes del capitán.

- ¡A sus órdenes mi capitán! (dije yo al llegar junto a él)

- ¿Usted se ha querido escapar esta noche? (me preguntó directamente)

- No señor, ¿por qué voy a hacerlo?. A pesar de estar condenado a muerte, yo espero que me conmuten la pena y llegar a ser un ciudadano como los demás. (intenté explicar)

El capitán visiblemente ofendido repuso casi gritando:

- Yo no quiero que en mi cárcel haya presos a disgusto.

Y dicho esto abrió las puertas de par en par y me instó para que escapara, bajo la mirada atenta de la formación.

- ¡Venga márchese! (me gritaba al mismo tiempo que con la pistola me empujaba hacia adelante).

Lógicamente yo no debía intentarlo porque aquello, era seguro que hubiera supuesto mi muerte. De todos modos de haber estado solos los dos, pensaba yo, la cosa hubiera sido bien distinta.

Aquella escena fue terriblemente tensa, y hubo una persona que podría averlo porque fue testigo presencial de los hechos. Era un tal Tarabilla, de Morillejo, que hacía de enlace entre los presos para cuando queríamos comprar algo. Casualmente él era el que me servía el aguardiente cuando tenía yo el Café.

Ante mi negativa de fugarme, el capitán dirigiéndose a un soldado volvió a gritar...

- Llame al "belloto" de Sacacorbo. Que venga ahora mismo.

Aquellas palabras me lo aclaraban todo. ¡Qué traidor!. Yo, en un intento de aliviar aquella tensión, perjudicial para mí, y quitando hierro al asunto, balbuceé unas palabras.

- Mi capitán, en estos momentos, hay muchos que creen que acusando a los demás se pueden librar de su pena, y estos hombres no sirven ni para hacer la guerra, ni para hacer la paz.

No sé si esas palabras surtieron algún efecto, lo que sí sé es que me mandó a un calabozo incomunicado, y aquello que pudo parecer tan malo, al fin y a la postre, resultó ser mi verdadera salvación.

Si siempre la providencia, la suerte, o cualquier otra buena ventura -en realidad no sé qué es- ha estado de mi lado, lo cierto es que esta fue seguramente la ocasión más clara en que se prodigó junto a mí, como comprobaré más tarde. De momento continuemos con la correlación de acontecimientos tal y como se produjeron.

El secretario del tribunal me dijo que, con toda seguridad, me fusilaban el día 23 de mayo a las dos de la mañana en los altos de Torija. Y cuando me lo dijo sabía que tenía que creerle porque este hombre, que era catalán, era un hombre neto en ese sentido, y nunca mentaba a los presos sobre su veredicto. Así lo mismo que a los que indultaban la pena de muerte se lo comunicaba, también a los que condenaban definitivamente nos lo decía sin reparos.

De este modo me fui mentalizando ante lo que era ya irreversible.

Cierta día, después de todo esto, llegaron a la cárcel varias parejas de la guardia civil en unos cuantos camiones, y se llevaron sesenta y tres condenados a muerte. Los llevaban a Guadalajara. A mí todavía no me había llegado la

hora.

Una de aquellas parejas de guardias era de Maranchón, y no sé exactamente qué les movió a hacerlo, pero solicitaron verme. El carcelero se negó dada mi situación en la prisión. Pero aquellos guardias insistieron, y por fin me sacaron al patio un momento, para hablar con ellos.

Cuando llegué, le estaban comentando al carcelero ellos mismos, que aquél no era mi sitio, que allí debían estar los que me habían enviado.

Me saludaron y me prometieron que a la vuelta me traerían algo de comer. Regresaron sobre las cuatro, y efectivamente me trajeron un paquete con algunos víveres. Luego con estas palabras...

-Muela (me dijo uno de ellos), los hemos llevado directos a la fosa, que ya tenían hecha, y allí mismo han sido fusilados.

...me dieron a entender, o al menos yo lo interpreté así, que escapara si podía.

Entre los muertos de aquel día, había, al menos tres de Espiegares. Uno era sobrino de Pablo, el zapatero, otro era uno de los tejedores, y el tercero un chico que jugaba muy bien a la pelota.

Como el secretario del tribunal me confirmó que el día 23 me fusilaban, le escribí a una hermana mía que vivía en Madrid y le hice saber que si no podía llegar para el 23, no viniera ya porque no existiría para entonces.

A las dos de la tarde del día de mi ejecución, vino a Cifuentes.

Me sacaron del calabozo y pude verla y tener mi última conversación con ella. Junto a nosotros, durante el breve espacio de tiempo que duró la entrevista, siempre hubo un guardia vigilando; y cuando mi hermana me dio una tableta de chocolate que me había traído, él la desenvolvió para cerciorarse de que lo que realmente había dentro era chocolate.

Resultaba curioso que en aquellas últimas horas amargas, algo tan dulce como el chocolate pudiera ser mi último alimento. Pero la vida, y también la muerte, tienen esas contradicciones.

Mi hermana, ~~tremendamente afectada~~, y todo lo convencida que las circunstancias le permitían estar me dijo:

- Muere como muere un valiente (que expresión tan dura de encajar cuando uno se sabe y se siente la víctima) y ten el consuelo de que es mejor morir con honra, que no como están matando a Lucio Herranz.

Lucio Herranz estaba recluido en la penitenciaría de Zaragoza, y según contaba su hermana Dionisia, que iba mucho a verlo, lo torturaban diariamente hasta que perdía el conocimiento. Y de esa manera el hombre más fuerte del pueblo se fue minando poco a poco en su salud, hasta que ya no pudo mantenerla y tubo que rendirse ante la tuberculosis. Llegó al extremo de no tener fuerzas para comer lo poco que le ofrecían.

Cuando lo vieron en las últimas, lo enviaron a morir al pueblo. Pero él se negó a morir allí porque sabía que eso serviría únicamente para burlar incluso en el día de su entierro. Por eso pidió que lo trasladaran a morir a Madrid, y allí murió, en casa de su novia.

Cuando mi hermana se despidió de mí, invadida por la ira, que se reflejaba en sus ojos, me aseguró...

-Si un día cambian las cosas, ten por seguro que te vengaremos.

Y tras esa terrible frase, me dijo el último adiós.

Me trasladaron nuevamente al calabozo, y hasta la medianoche, momento en

que vinieron a confesarme, no ví a nadie.

Cuando recorrí el cerrojo, y en aquel momento volví a sentir la muerte cerca. Era una angustiosa sensación, un desasosiego infinito, que ya comenzaba a ser familiar porque lo había sentido anteriormente.

Tras la puerta aparecieron el capitán y dos soldados, acompañados por un cura, que esa era su apariencia externa, aunque bien pudiera haberse tratado de un oficial, en lugar de un auténtico cura.

El cura, o lo que fuera, se sentó en una silla, y a mí me colocaron de rodillas frente a él. Luego comenzó a hablar.

-Hermano, la tierra te aguarda. Dios te llama. Dentro de una hora serás muerto. No debes llevarte al otro mundo ningún secreto. Si sabes de algún rojo que haya matado a algún cristiano debes decirlo antes de morir.

-Lo único que tengo que decir es que mi pueblo está bien cerca de aquí, y allí, en mi pueblo, nosotros no matamos a nadie, mientras que los fascistas han matado ya a cuatro, y conmigo hacemos cinco, además de los seis que murieron en combate.

Yo tenía un arma en cada lado de la cabeza y la pistola del capitán en la frente. Continuó hablando y le dije al cura...

-Señor cura, para morir así no hace falta confesión.

Entonces él me puso el crucifijo en la boca, y yo en lugar de besarlo torné la cabeza bruscamente, a consecuencia de lo cual me hice una herida con el arma, que junto a la sien, tenía puesta en ese lado.

Después de aquel incidente se marcharon al ver que yo no quería, ni confesarme ante Dios ni decirles nada a ellos.

Yo quedé meditabundo, abstraído, obsesionado con la idea de que iba a morir. Era una situación insólita en la que me encontraba a la vez sufriendo y gozando de los últimos minutos que me quedaban de existencia.

Pero entonces, como por un arrebato, me aferré a la idea de salir. Tenía que escapar. No podía, ni debía resignarme a morir. Así que me decidí a hacer lo que no me atreví o no caí en hacer antes.

Yo tenía una diminuta lima, que me habían traído de casa, con la que hacía anillos con dos pesetas de plata. Era algo que me gustaba hacer para matar el tiempo. El último se lo había hecho a mi mujer, grabando en él una significativa inscripción: "Último recuerdo". Todavía hoy la conserva con el paso de los años.

Aquella lima me salvó la vida; y no sólo la lima, sino también el hecho de que me cambiaran de calabozo, porque éste era el único que tenía un candado tan pequeño y desproporcionado con el gran cerrojo que tenían las puertas.

Comencé a limar con gran furia y presionando mucho para disimular el ruido. Le di con energía a la doblez del clavo del candado, y pronto se calentó en exceso, con lo cual pude doblarlo tan fácil como se haría el más fino alambre.

En poco rato lo conseguí. La puerta se abrió sin que casi pudiera dar crédito a lo que estaba viendo. Ahora se me abría, no sólo la puerta, sino también la esperanza de sobrevivir, que apenas unos minutos antes había perdido.

Pero no todo estaba hecho todavía. Faltaba posiblemente la parte más difícil, a pesar de lo cual no debía declinar ante el miedo. De todos modos el peligro poco podía importarme ya que lo mismo daba morir en ese momento que hacerlo unos minutos más tarde. Había que permanecer sereno y obrar con cautela.

Yo sabía que para subir el muro, por donde se hundió el tejado cuando cayó la bomba, -única posibilidad de escapatoria por otra parte - había una

escalera construida por los mismos presos. / arriba, en aquel lugar, ubicaron una garita donde siempre habia un centinela, con un caldero de brasa en la puerta, para calentarse.

Los presos que fumaban, solian subir a pedir lumbre para sus cigarros, y todos ellos conocian el lugar. Pero mi problema era precisamente que yo no fumaba y por aquella razon yo no sabia como era aquel sitio.

De todos modos me lifé un cigarro y confié en mi suerte. Desaba con todas mis fuerzas que el centinela fuera uno de los asturianos.

- ¡Centinela! ¿tienes fuego para encenderme el cigarro? (grité yo intentando medrar mi voz para que no me reconociese)

- Si. (contestó secamente)

Aquel monosílabo resultó suficiente para darme cuenta de que no era ninguno de los asturianos, ninguno de aquellos hombres que hubieran disparado, casi con toda seguridad, al aire, con el único fin de salvar su responsabilidad.

El soldado que estaba realizando la guardia era "el pan y agua", que así le apodaban. Era natural de Torija, alto como un mástil y fascista como el que mas.

Ya no habia remedio. Habia que seguir adelante. Subí expectante las escaleras y lo encontré de pronto frente a mí. Estaba sentado en la garita con el caldero junto a él.

Yo fui directamente a por el fuego y, justamente al poner el cigarro sobre éste, se dió cuenta de que era yo, y se incorporó como un rayo para, en un acto reflejo, coger el fusil, que descansaba junto a él.

Pero no tuvo nada que hacer porque yo en aquel momento hubiera tronchado un hombre. El instinto de supervivencia es muy fuerte y yo saqué fuerzas de donde no las tenia para de un empujón arrojarlo escaleras abajo junto con el fusil.

Fueron segundos exacisos el tiempo que tuve para lanzarme sobre el muro antes de que se incorporara y comenzara a hacerme fuego. Disparó un par de veces pero yo, sin dudar, me habia saltado ya el muro para cuando él pudo centrarse en el tiro. Mas bien he de decir, que me habia arrojado al vacío porque la altura del muro eran cerca de diez metros, a pesar de lo cual, logré contactar con el suelo sano y salvo.

Las balas silbaban a mi alrededor y las oía impactar todas muy cerca de mí; todas excepto las que empezó a disparar el centinela que habia fuera de la prisión. Por su desatino y la ridícula frecuencia de sus disparos comprendí que aquél sí era uno de los asturianos.

Mi único objetivo era alejarme de allí lo más rápido posible, y en ese sentido, no dude un momento, a pesar de que las balas podían haberme hecho titubear. Corrí alocadamente hasta que me puse fuera del alcance de los soldados. Me dirigí en dirección al cementerio porque me pareció un buen lugar para ocultarme, sobre todo teniendo en cuenta que allí habia unas buenas sombras que me escondieran de la gran luna llena que lucía la noche.

Después de mucho rato de estancia en aquel campo santo, pensé que lo mejor era salir con cautela para ver lo que ocurría.

Dando la vuelta a Cifuentes, a través de los montículos que rodean el pueblo, me situé de tal manera que pude observar perfectamente el trajín de coches y motos que salían de la cárcel, y el tremendo jaleo que se adivinaba dentro. Todo el mundo debía de estar gritando. Supongo que habian salido al patio a todos los presos para interrogarlos. Pero qué iban a decir los pobres. Nadie pudo saber que yo me iba, puesto que ni siquiera yo lo supe hasta momentos antes de escapar.

Pero no sólo mis compañeros de la prisión hubieron de pasar mal la noche. También mi hermana padeció el hecho de que yo me fugara.

Cuando se marchó de la cárcel, después de verme, tuvo que decirles dónde iba a pasar la noche, y enseguida fueron a por ella. La encerraron en el calabozo donde yo estaba y la hicieron pasar un mal rato entre preguntas, acusaciones y alguna que otra amenaza. Pero lo cierto es que ella tampoco podía decirles nada.

A partir de ahora comenzaba para mí la odisea de la huida y la persecución. Mi vida se convertía en una continua alerta, en un constante sobresalto. Iniciaba de este modo un peregrinar clandestino que, no sé si por suerte o desgracia, iba a perdurar a lo largo de varios años.

De Cifuentes al Tajo yo creo que habrá unos doce kilómetros de distancia, atravesando los montes del pueblo. Hube de andar ligero. Al cruzar un llano que hay en el término de Canredondo, dirección al Tajo, tuve que atravesar la carretera que va de Saelices a Cifuentes. Allí me sobrecogió el miedo pensando en que podían pasar motoristas de la armada y crucé junto a un rebaño de ovejas que cuidaba una mujer, con el consiguiente temor de que luego fuera interrogada.

Me fui rápido a las cuevas del Tajo, y cuando llegué a él, se me ocurrió que el agua podía ser un buen escondite, quizá el mejor. Así que decidí ocultar me dentro del río porque yo necesitaba un lugar seguro para pasar aquel primer día en que me buscarían a conciencia y seguramente con un especial ahínco.

Como un auténtico zorro me infiltré en la maleza de la orilla arrastrándome hasta llegar al agua.

Yo no sabía nadar, así que había que pensar algo para poder permanecer dentro del agua. La única solución era amarrarme a la orilla. Cogí un fajín de tela de lana y me lo até a la muñeca. Después busqué una buena mata donde agarrarlo y me sumergí en el agua. Allí pasé toda la jornada con el cuerpo dentro y la nariz fuera. ¡Menudo baño!

Ya entrada la noche salí del río y me volví al monte. Esta vez crucé por el de Canredondo, y antes de llegar a Sacecorbo cometí un error que pudo haberme costado caro. Cogí la carretera que va de Cifuentes a Saelices, lo cual siempre era una tentación, y quinientos metros antes de llegar al pueblo, ví la llama de una cerilla o un mechero no muy lejos de donde yo estaba. Me tumbé en el suelo e intenté escuchar. (el piso de la carretera es un buen teléfono durante la noche) Enseguida comprendí que era la guardia civil. Aquella luz que había visto sirvió para encender un cigarro que empezaron a fumar dentro de la caseta donde se encontraban. Era una casilla situada en la orilla de la carretera y que servía para guardar la exclusiva y el correo. Lógicamente debían estar vigilando a causa de mi fuga.

Rápidamente salí de la carretera por el andén izquierdo y comencé nuevamente a andar. Cuando empezó a nacer el nuevo día estaba en el chaparral de Saelices, donde pasé aquella segunda jornada en libertad.

Cuando salí de Cifuentes llevaba unas alpargatas. Una la perdí en el cementerio al engancharse en una cruz cuando me disponía a saltar sobre una tumba. Me dió un cierto respeto aquello y no me quedaron ganas de recogerla; allí quedó como prueba de mi estancia en aquel sitio siniestro.

Al llegar al monte de Saelices ya andaba descalzo.

La noche siguiente la pasé en el chaparral de mi pueblo, Riba, donde ya permanecí hasta el 21 de junio, fecha en que fui descubierto.

Tenía que mantenerme con lo que encontraba. Como era verano, buscaba los pajarillos como los huevos que allí había, servían para mitigar el hambre. Por supuesto, todo aquello tenía que comerlo crudo, porque no tenía cerillas, ni tampoco hubiera podido usarlas de haberlas poseído. No me hubiese atrevido porque durante el día se ve el humo y por la noche la llama. Así pues estaba obligado a digerirlo todo en bruto.

Hasta la edad de doce años había estado guardando cabras en el chaparral y conocía bien los agujeros donde criaban y vivían los conejos. Por ese motivo me dediqué a cazarlos en su propia casa.

Cierta día descubrí una madriguera en uno de los "vivares" de mi pueblo. Ví cómo se metían los conejos y coloqué una losa de la forma que me habían enseñado de crío, y que resultaba francamente útil para cazarlos. Quizá fuera algo rudimentario el sistema, porque aquel "cepo" consistía en una piedra que se ponía inclinada y sujeta sobre un palo. Cuando el conejo se colocaba debajo, si movía el palo, quedaba atrapado bajo la loseta. Pero todo lo rudimentario lo tenía también de práctico, pues de aquella madriguera llegué a coger cuatro gazapos, uno cada día. Les quitaba la piel como buenamente podía -tampoco tenía navaja- y los mordía y masticaba en crudo.

Un mal día me descuidé, y fui a mirar la trampa con el sol ya fuera. Aquél fue otro de esos errores que comprendemos haber cometido después de haber incurrido ya en la falta. Yo ví un hombre con una caballería un poco lejos, en la solana de "cabeza del pino", como la llamábamos; pensé que no me había visto, pero al parecer, sí me había visto. Así mismo pudo observar cómo yo cogí un conejo, y rápidamente montó su caballería y se fue en dirección al pueblo.

Al amanecer del día siguiente, cuando me dirigía hacia la madriguera, me pareció ver un cuervo a unos metros frente a mí. Realmente yo ví una cosa negra que se movía. Alcancé una buena piedra y cuando ya estaba en plena maniobra para lanzársela, -que también los cuervos me servían-, cuál no sería mi sorpresa, al descubrir que aquel luto no era el de un señor cuervo, sino el del tricornio de un guardia civil.

Por décimas de segundo nos libramos los dos: yo de la detención y él de la pedrada.

Muy a sangre fría volví a dejar la piedra en su lugar de origen, y comencé a retroceder sin hacer ruido. Al principio anduve unos metros de espaldas, pero en cuanto pude me puse de frente y empecé a correr con todas mis ganas. Todavía tuve otra ración de fortuna porque no me tiraron ni un solo tiro.

Entonces comprendí que aquel individuo de la caballería había dado el chivatazo. Me había reconocido sin problemas, porque me conocía bien. Era, ¡cómo no!, el yerno de "el maño", aquel que tanto interés mostraba por mi ejecución.

Poco a poco, cada día me volvía más cauteloso y desconfiado porque me demostraba a mí mismo lo arriesgado que resulta el más mínimo error, cuando todo el mundo va tras tu rastro.

El día del cuervo guardia civil, aquel hombre no estaba solo. Junto a él y a otros guardias había toda una escuadrilla de voluntarios de mi pueblo; y entre todos organizaron una buena batida en el chaparral, a pesar de lo cual, no lograron cazar la pieza, porque Muela escapó también de aquella.

Me fugué raudo en dirección al río Ablanquejo, y por la noche, monte a través y bien alejado de mi pueblo, alcancé los montes de Arcos de Jalón. A la salida del sol, ya estaba en tierra soriana. Qué paliza me dió sin haber comido nada. Pero la verdad es que empezaba a acostumbrarme. Empezaba a ser otra mañana más del monte. Incluso me estaba salvajando.

En aquella tierra de Arcos, ya podía comer alguna patata, cruda por supuesto, hojas de remolacha y algún otro fruto de huerta, que resultaban casi verdaderos manjares para mí. y es que pasado el verano, sólo quedaba hierba en el monte.

Volví nuevamente hacia mi pueblo, con la idea de recibir noticias de mi familia. Con ese objeto pensé ir a ver a Timoteo Martínez, creyendo que probablemente trabajara en el mismo lote de pinos que lo hiciera antes de la guerra.

Cuando llegué a la zona, ví junto al chozo, como le llamábamos nosotros, a un hombre afilar un hacha. Decidí acercarme, pero unos doscientos metros antes de llegar me descubrió, y después de reconocermelo empezó a correr. Yo también le conocí. Era Pascual Delatorre.

- !Pascual, no corras que no quiero hacerte nada! (le grité yo)

- !No, que te tenemos mucho miedo! (me replicó él gritando y volviéndose hacia mí sin dejar de correr)

Apoyó la mano en un pinocho y lo saltó como un corzo. Parecía mentira. Aun cuando aquello era verdadero pavor hacía mi persona. Yo pensé incluso, que tal vez lo que él creyó es que le iba a pedir los cuarenta duros que me debía. El caso es que se fue hasta el pueblo. Y casi por inercia, una inercia que parecía atenuarse a todo el mundo, se fue a la guardia civil a dar parte.

Naturalmente yo ya me sabía la historia, y no me estuve allí para presenciar una nueva cacería, donde además me sabía la presa.

En cuanto anocheció volví a emprender rumbo a Aragón, y me fui esta vez a los montes de Judes, encrucijada entre Aragón, Soria y Guadalajara.

Al tiempo regresé otra vez. En esa ocasión fui a Saalices, junto a mi pueblo, como siempre con el único fin de conocer el estado de mi familia.

Fui a casa del señor Angel para que él me diera noticias. Serían sobre las diez de la noche cuando llamé a la puerta. Me contestaron desde adentro invitándome a pasar, pero no lo hice porque me pareció oír voces extrañas. Adiviné que había gente que tal vez no fuera de confianza y no quise pasar. Entonces, al ver que nadie entraba, salió el señor Angel.

- Soy Lino, no se asuste. Vengo a ver qué me puede decir usted de mi familia. Dígame la verdad.

El me dijo que estaban todos bien y me contó que corría el rumor, y se me acusaba como tal, de que yo era el comandante de una partida de macuis que estaban apostados en las cuestas del Tajo. Por esa razón, la guardia civil había ido muchos días a molestar a mi esposa con interrogatorios y monsergas.

~~Rex era xxxxx~~

Un día, al parecer venía el señor cura de celebrar en un pueblo cercano, y salieron los guardias al encuentro para ver si me había visto o sabido algo de mí. El les dijo que no, y aprovechó para rogarles que dejaran en paz a mi esposa y a mi familia (quel buen gesto se lo he agradecido siempre en mi fuero interno) porque nada eran culpables. Además les dijo que yo estaría seguramente trabajando de forma honrada en algún lugar.

El señor Angel después de contarme eso, me preguntó:

- Buono Lino, ¿qué comes en el monte durante tanto tiempo?

Yo le conté lo que comí, y él entonces fue a buscarme un pan. Hacía meses que no probaba el pan.

Siguí contándome cosas y también me comentó que hacía unos días había estado "el morono", un esquilador, en Saelices trabajando las dos últimas, y que habló con él de mí. Según su opinión, yo habría muerto en algún covacho.

Este esquilador era uno de aquellos que tanto ansiaban mi ejecución. Pero el condenado, hoy en día, cuando escribo esto, ya está muerto. Así pues ha terminado antes que yo.

Después de hablar un rato con el señor Angel, me despedí y me marché.

Para salir de Saelices tenía que pasar por la puerta de un molino, cuya dueña era Luisa, una moza de Riba que se encontraba viuda a causa de la guerra. Su marido había muerto defendiendo a la República. Ella se había echado un novio que se llamaba Cenón y aquel día que pasaba por ahí, se encontraba con ella en el molino.

Atravesé los huertos y tomé una ladera, como cien metros por encima de la balsa del molino. Entonces el perro del molino comenzó a ladrar y la pareja salió a la puerta. Ellos lanzaron al perro hacia mí, y aquel animal subió un buen trecho tras mis huellas ladera arriba.

A mí, que llevaba dos bayonetas conmigo, se me ocurrió ponerme a hacer ruido con ellas, y al mismo tiempo empecé a hablar en un idioma que no existía, pero que a base de pronunciar unas palabras parecidas a las que dicen los moros, surtió efecto.

Cenón le dijo a Luisa que era un moro y llamó al perro para que regresara. A continuación cerró la puerta y desaparecieron en el interior del molino, concluyendo aquel episodio satisfactoriamente para mí, una vez más.

Llegó el invierno y lo pasé fatal. No me quedaban ya ni aquellos viejos recursos de caza. Comí hojas, masqué raíces, y pude hacerme con algún bicho que llevarme a la boca.

Durante nueve meses, descalzo y casi desnudo, aturdido por el frío, deambulé por los montes, hasta que comenzó a cundir en mí la desesperación. Entonces se apoderó de mí el deseo de abandonar. Tenía que salir del monte. Era una obsesión: tenía que dejar de ser una animal e incorporarme a la sociedad fuera como fuera.

Además, en nueve meses no había padecido dolor alguno, ni siquiera había tenido vómitos ni desajustes estomacales, a pesar de toda la porquería que digerí, pero ahora comenzaba a hincharme como un bato. Me sentía inflamado.

Tampoco había sufrido heridas, teniendo en cuenta que andaba siempre descalzo entre arbustos y matorrales, sobre piedras y ramaje. Mis pies habían perdido la sensibilidad y se habían endurecido como los cascos de los caballos, pero necesitaba acabar también con eso.

Un día me decidí a bajar a un pueblo allí en Soria, donde conocía a una familia. Para llegar hasta su casa hube de pasar por la puerta del cuartel de la guardia civil, pero lo hice a medianoche, cuando yo sabía que hacían ya la guardia dentro.

Llegué a la casa y llamé a la puerta.

- ¿Quién es? (preguntó la señora sin abrir la puerta)

- ¡Abre!, soy Lino.

- ¿Cómo Lino?, pero si dicen que le mataron.

- ¡No! Soy yo.

La mujer, insegura, fue hasta la habitación y llamó al marido. Bajaron ambos a la puerta. El me abrió y me conoció al instante. Se vieron muy sorprendidos, sobre todo de verme tan inflamado. Y me preguntaron dónde había estado y todas esas cosas. Yo comencé a contarles todo.

Llamaron a sus hijos, y toda la familia se reunió en torno a mí. Seguí con

tando acontecimientos y pude observar cómo se miraban extrañados. Estaban atónitos escuchando mi relato. Era lógico, y sobre todo contemplando el aspecto.

Les pedí que me escondieran de algún modo. Tal vez una habitación en la que pudiera permanecer oculto sin salir para nada. Les comenté que no podía resistir más y que si no, me arrojaría al tren, con la única condición de que después se las ingeniaran de alguna forma para contárselo a mi familia.

Aquellas palabras hicieron mella en ellos, y se comprometieron a ocultar me, aún a riesgo de pagar con su propia vida.

Estuve cuatro meses sin salir de la habitación, hasta que el matrimonio me encontró trabajo. Feenaría como mozo de mulas para un patrón izquierdista, muy cerca de ahí, Así me lo comunicaron.

Cuando conocí al patrón le expliqué mi situación. Le confesé que me había escapado del fusilamiento y que no tenía ningún tipo de documentación, por lo que me era necesario obtener una falsa. Le rogué que me hiciera una prueba labrando. El aceptó y poco más tarde entré a su servicio.

Aquello resultó mi salvación; sobre todo moralmente. Era como empezar a vivir. Por primera vez en mucho tiempo me sentía útil. Y además iba a comer y a dormir mas tranquilo.

El patrón me comentó que era teniente de alcalde del pueblo, y que además de eso, se podía decir que era quien mandaba en el lugar porque tenía una fábrica de harinas, una central eléctrica, cuatro pares de mulas y mucho ganado, como unas mil ovejas. Así pues era muy importante allí, y mucha gente trabajaba para él.

Todo se planteaba fácil para mí. El secretario y mi patrón me hicieron la cartilla de racionamiento y la cédula personal, que todavía guardo.

Mi nombre a partir de entonces iba a ser Regino Bermejo Macho. Todo estaba resuelto, salvo imprevistos.

En aquel pueblo trabajé y viví tranquilo durante siete años.

En las fiestas del pueblo, siempre el día del patrón -14 de septiembre- venían al pueblo los guardia-civiles a comer a casa del alcalde y del teniente de alcalde. Por esa razón muchas veces he comido y alternado, con la guardia civil, en la misma mesa, a lo largo de siete años.

Todo transcurría normalmente -fue mucho tiempo de vivir en paz- hasta que un día, un vidente, un idiota, un "enterao" de esos que debe haber en todas las partes del mundo, que había sido capitán en la zona republicana, fue al cuartel de la guardia civil y le dijo al ~~cabo~~ que debían detenerme porque veía algo sospechoso en mí.

Pero sucedió que la guardia civil en aquel tiempo también pasaba alguna privación y le debían favores a mi patrón (de su casa se llevaron corderos y otras muchas cosas a "buen precio"). Así pues no quisieron estar a mal con él. Al chivato le dijeron que íran por la noche a por mí, y enseguida el cabo se acercó a casa de un millonario, gran amigo de mi jefe, y le digo...

- Coja el coche y vaya a casa de su amigo a avisarle de que esta noche vamos a ir a detener a Regino. Que se marche del pueblo y no vuelva.

El amigo del patrón, le avisó, y me llamó para contarme el incidente.

- ¿Qué hacemos? (me preguntó él)

- Vea a la alcaldía, y que me haga el secretario un salvoconducto como que me voy a Barcelona a pasar consulta a un especialista de huesos. (aquello fue lo primero que se me ocurrió)

Sucedía que en aquel tiempo, para viajar en tren o en las exclusivas, se necesitaba un salvoconducto con el cuño de la alcaldía o de la guardia civil.

Después de hacérmelo al secretario, yo le pedí al patrón que se escondieran en alguna casa del pueblo, y así mientras la policía me buscaba por los trenes, yo estaría tranquilo escondido durante una temporada.

Así lo hizo. Me escondieron durante cuatro meses en casa de unos poseedores, con el consiguiente peligro que eso suponía para ellos.

Llegó el momento de marcarme de aquel pueblo soriano y de aquella casa donde me habían tratado tan bien.

Pero me había enterado de un trabajo que podría conseguir en Sanchidrián, en la provincia de Avila. Y allí fui. Entré a trabajar en una carretera que estaban construyendo.

Allí se comía poco y se trabajaba mucho, pero había que estar contento. Tenía que estarlo porque seguía viviendo. Nunca se puede llegar a apreciar la vida tanto como hallándose en la situación que yo me encontré. Habiendo tenido los minutos contados, habiendo palpado materialmente la muerte y habiendo burlado peligros y adversidades continuamente, había aprendido a calibrar en su verdadero valor el precio de la vida. Realmente la vida era valiosa.

Como digo, allí se comía poco. Los obreros se alimentaban con el pan que les daban y la cebolla o el tomate que podían coger en algún huerto. Así pues, muchos caían extenuados, muertos de fatiga. A las tres de la tarde aquello se hacía insostenible y la gente desfallecía.

El trabajo era muy duro. Eran muchas horas, la mayoría a pleno sol, y con el pico y la pala como único recurso. Allí no había ningún tipo de maquinaria.

Yo soportaba aquello mucho mejor que la mayoría, y la causa es fácil de adivinar. Me encontraba fuerte y trabajaba como Dios.

A los diez días de estar allí, vino el patrón, que era un coronel de Franco, y me propuso ser capataz. Me comentó que se había hecho cargo de una obra, concretamente un puente, que iba a durar tres años, y que el capataz que tenía aquí, en la carretera, debía marchar a la nueva obra. Él quería que le reemplazara yo.

Le comenté que había obreros que llevaban ya dos años aquí, y que estaban más al corriente que yo de los trabajos. Yo apenas sabía nada. Pero él se empeñó en que el cargo era para mí, y al final acepté.

Cuando llegó el tiempo de la siega, se marcharon todos a segar a destajo, porque ganaban más, y no tenían, seguramente, el fantasma del hambre junto a ellos.

Me quedé tan sólo con un pinche, así que decidí marcharme también. Cuando vino a pagarnos, antes de que se fueran, le dije al patrón que yo me había criado en la capital y que quería irme a Madrid. Entonces, lejos de sentirse contrariado, me explicó que tenía nueve obras en Madrid y que se sentiría contento si seguía trabajando con él. Tuve que aceptar nuevamente, y en esta ocasión me puso de jefe de almacén.

Mi trabajo consistía en ir varias veces a la semana a descargar vagones de cemento a la estación del norte. Naturalmente yo no tenía que trabajar. Mi labor consistía en supervisar la descarga que efectuaban los presos de la cárcel. Y es que como el patrón era coronel del ejército, tenía derecho a servirse de los reclusos para realizar esos menesteres.

A los presos les daba la comida a mediodía y por la noche los mandaba a la cárcel. De este modo el patrón obtenía un beneficio neto, al servirse de ellos.

Pero no sólo él hacía negocio. En aquel tiempo -como casi siempre por otra parte- funcionaba el estraperlo y el negocio sucio. También los guardas de las obras, en colaboración con los jefes de obra, ganaban su dinero.

Su negocio consistía en hacer desaparecer los sacos de cemento de la obra y venderlos por su cuenta. Vendían a 100 pesetas los sacos de la marca "el cangrejo".

Yo, con mi acento maño, le propuse al patrón (con quien me convenía estar a bien) que me hiciera guarda de alguna obra y que así, donde yo estuviera no faltaría cemento. Al fin, tanto le insistí, que me dió la plaza.

Trabajaba por la noche y dormía por el día. Aquello me gustaba porque dicen que por la noche todos los gatos son pardos, y de paso que estaba a bien con el patrón, pasaba más desapercibido.

El cocinero que teníamos para hacernos la comida a mediodía, era hijo de uno que hizo la guerra en el bando republicano. Su padre también trabajaba para el mismo patrón como cocinero, sólo que él estaba destinado en la línea férrea que construían en Madrid.

Aquella línea pasaba por El Pardo, y una de las estaciones en construcción fue ubicada junto al cuartel de "El Goloso". Allí, en aquella estación, estaba este hombre como cocinero. Así pues, podemos decir que residía al lado del cuartel.

El hijo me invitó a pasar, con él y con su padre, la jornada del 18 de julio. ¡Y que jornada resultó!. Lo que tuvimos que presenciar aquel día fue demencial; algo que difícilmente se puede olvidar.

El 18 de julio era la gran fiesta de los triunfadores. Y aquellos asesin^{os} nos lo celebraban por todo lo alto.

A la salida del sol, llegaron unos camiones a la explanada del cuartel, y al rato subieron un cabo y un soldado a la estación, donde nos encontrábamos los tres, y le ordenaron al padre de mi compañero cerrar las ventanas y las puertas, y permanecer dentro hasta que ellos regresaran.

La curiosidad, que es una mala aliada, nos hizo buscar las rendijas y el agujero de la cerradura para ver que iba a suceder fuera y así conocer el por qué de nuestro momentáneo cautiverio.

Vimos que habían emplazado varias ametralladoras en el patio. Y vimos también cómo obligaban a los ocupantes de los camiones a descender de éstos. Había mujeres y hombres de todas las edades entre aquella gente. De pronto, todos ellos comenzaron a gritar. Al principio lo hicieron tímidamente y a discreción, pero luego unieron todas sus voces y gritaban al unísono palabras como criminales, asesinos y otras, al tiempo que daban vivas a la república.

Entonces sucedió lo que estábamos intuyendo pero no acabábamos de creer. Las ametralladoras enloquecieron y empezaron a escupir munición a diestro y siniestro manipuladas por la guardia civil.

Fue un espectáculo dantesco. Era horrible la frialdad con que se los cargaban. Aquella era la ofrenda del 18 de julio. Esa era la celebración de su fiesta y aquél el modo de pasarlo bien. No podíamos dar credibilidad a nuestros ojos, pero el caso es que fue cierto, y nosotros estuvimos allí como testigos de aquella masacre.

El cargamento, según dijeron los soldados que recogieron y apilaron los cuerpos diseminados por el patio, ascendió a más de doscientos muertos.

Aquel suceso me abatió mucho, y me hizo pensar y temer por mi familia. Sentí la necesidad de escapar de todo aquello. Entonces surgió la idea de pasar a Francia. Comencé a abrigar la esperanza de cruzar la frontera para luego llevarme a los míos, porque el riesgo en España parecía evidente.

Con ese fin, escribí a un amigo de mi pueblo que había pasado a su señora y su hija por mediación de un espía. Muy pronto me contestó que haría lo posible y que de todos modos, me mantendría informado.

Durante el tiempo que trabajé como guarda en la obra, estuve en casa de un compañero de trabajo. Él y su mujer vivían en un refugio que construyeron nuestras fuerzas. También lo debieron de pasar mal. La señora a la edad de catorce años, había estado por los trenes pidiendo para la Cruz Roja, y a consecuencia de eso fue encatcelada durante dos años en Rentería.

Las ejecuciones continuaron durante varias noches, siempre sobre las cuatro de la mañana y teniendo como escenario el patio de la cárcel.

Una de esas noches sucedió algo sorprendente: entre los ejecutados se encontraba la hija de un guardia civil.

Cuando su madre fue al día siguiente a la cárcel para llevarle ropa limpia, el carcelero le comunicó que de nada servía ya eso; la mujer entonces sufrió un ataque de nervios. Luego, después de reponerse, fue a casa y se lo dijo a su marido. Este, víctima de un fuerte trauma, se fue inmediatamente a la comandancia para solicitar la baja del cuerpo. Le dijeron que renunciar a su promesa de acatar las órdenes y pedir la dimisión eran prácticamente la misma cosa, eran actos de traición que se pagaban con la muerte. Le hicieron saber que correría la misma suerte que su hija, y con lágrimas en los ojos tuvo que continuar.

Aquella fue una más de las incongruencias que generó la guerra. Ese hombre quedaría para siempre con la duda de haber sido el verdugo de su propia hija, teniendo en cuenta que debido a la venda que los presos llevaban en los ojos a la hora de morir, jamás podría haberla reconocido.

Unos días más tarde mi patrón contrató unas obras nuevas cerca de La Cibeles, y yo cambié de aires.

Por aquel tiempo se habían infiltrado los maquis en España, y se las ingeniaban de mil formas para burlar a la policía.

Una mañana apareció un letrero pegado en La Cibeles que decía...

" Madrid está sin harina,
los coches sin gasolina,
las cocinas sin carbón,
¿pues qué hace ese tío cabrón
que no se va a la Argentina
a contárselo a Perón? "

La policía tremendamente alterada comenzó a poner patas arriba la zona, y los interrogatorios fueron la tónica general. Yo fui uno de los interrogados.

Dos noches después apareció otro cartel. Este rezaba...

"-Españoles, ahora sí que no nos va a faltar el aceite.

-¿Por qué?

-Porque Perón nos ha mandado un pellejo: Eva de Perón"

Esa mujer recorrió toda España, diciendo algunas cosas que eran ciertas, como que hacían falta menos ricos y menos pobres. Yo la ví en Sorio y esa expresión suya me satisfizo realmente.

Por aquellos días fue cuando trajeron la Virgen de Fátima a Madrid. Por la noche era imposible dormir. Hasta las dos de la mañana se oían los altavoces funcionando. Las calles estaban repletas de monjas y curas. Seminarios y conventos enteros circulaban por la ciudad. Decían que la Virgen hacía milagros y hubo gente que probó fortuna. Siempre, por supuesto, con diferente suerte. Una noche fue un requeté cojeando de las dos piernas y salió corriendo mejor y más veloz que yo lo hice de Cifuentes. Pero luego fue un pobre in



válido, y después de permanecer un cuarto de hora en penitencia ante la Virgen, cuando dejó las muletas se dió un buen trompazo, quedando allí su milagro.

Un día recibí carta desde Francia de mi amigo, el del pueblo, comunicándome que ya estaba todo listo, y que un individuo llamado Santiago me esperaba el día 7 de septiembre en San Sebastián para cruzarme.

Pedí la cuenta al patrón y creyendo que mi marcha era por razones económicas, me ofreció aumento de sueldo. Me dijo exactamente que le pidiera lo que quería ganar. Me ví obligado a contarle una mentira y le dije que tenía un gran amigo en San Sebastián que me había pedido trabajar con él de listero, en una fábrica. Fue lo primero que se me ocurrió. Aquello pareció convencerle y quedamos de acuerdo.

Me informé de que no era necesario el salvoconducto para viajar a San Sebastián y me fui a la estación para concretar mi viaje. Entonces se me pasó por la cabeza la brillante idea de escayolarme un pie y comprarme unas muletas, y así lo hice.

Aquella noche dormí en un hotel cercano a una parada de taxis, y a la mañana siguiente tomé uno y me marché para la estación con ánimo de emprender el viaje.

En aquel tiempo los trenes eran auténticas tortugas y como el trayecto lo hice bastante nervioso, me resultó interminable.

Ya, sólo faltaban dos estaciones para llegar cuando sucedió lo que yo tanto temía; apareció un señor muy educado y mostrando el dorso de su solapa me dijo:

- Policía secreta. Documentación por favor.

Empecé a sacar papeles intentando mantenerme bien sereno, y le comenté...

- Yo guardo la cartilla de racionamiento, la tarjeta del tabaco, la carta de identificación (que sustituye a las caducadas cédulas personales de vigor hasta el año 42) y el certificado de la casa en la que he trabajado.

- Pues esa señor, es la mejor documentación. ¿Dónde va usted?

- A San Sebastián.

- ¿Lo conoce usted?

- No. Es la primera vez que vengo. Voy a trabajar de listero en una fábrica.

- Entonces verá usted cómo le va a gustar. Tiene una playa muy bonita, aunque ya resulta algo tarde el mes de septiembre para ir a la playa. (me dijo manteniendo siempre su tono educado).

Y dicho eso me dejó para proseguir su inspección.

Yo comenté con la gente que viajaba junto a mí, que mi patrón me esperaba en el bar del Sol. Entonces aquel matrimonio, que estaban frente a mí en el compartimento, se ofreció a indicarme dónde habría de apearme del trolebus. Yo sabía que desde la estación tenía que coger un trole que tenía parada justamente delante del bar, pero lógicamente no sabía dónde estaba y dió la casualidad que esta gente tenía que coger el mismo trole, y bajar en la misma parada.

Cuando llegamos a la estación de San Sebastián, dos policías estaban en la puerta del vagón, y se vinieron hacia mí en el momento de bajar. Uno me sujetó las muletas y el otro me ayudó a descender. Entonces comprendí que había hecho muy bien al ponerme aquel invento, y que la suerte seguía junto a mí.

El trole paró frente al bar y bajamos. Me despedí de aquella amable gente dándoles las gracias por su ayuda, y entré al bar. Fui directamente al mostrador. Pedí una cerveza y decidí esperar. El tiempo pasaba. Como nadie se acercaba a mí, ni había señales de aquel hombre, pregunté al dueño.

- Por favor, ¿ha venido un tal Santiago preguntando por un madrileño?

- No. No sé nada.

Decidí seguir esperando. No podía hacer otra cosa. Estaba expectante y, nervioso, muy nervioso, hasta que la hija del dueño del bar, una muchacha muy simpática, se percató de mi espera, y dirigiéndose a mí ...

- ¿Es usted madrileño?

- Sí.

- Pues a las tres de la tarde ha telefonado un señor y ha dicho que si preguntaba un madrileño por él, le dijéramos que fuera al bar... (el nombre no lo recorda ya)

Entonces el padre le regañó y se enfadó con ella.

- No le riña. Ella estaba en su trabajo y no se ha dado cuenta. (interviene de esa forma para suavizar el mal genio del padre, y le da cinco pesetas a la chica)

- Tiene usted que coger el trole cuatro, aquí al lado en la plaza, y le dejara en la puerta del bar. (me explicó el padre)

- ¿Y dónde dice que está la plaza? Es que como es la primera vez que vengo no sé...

Al ver mi despiste el hombre, en un buen gesto, envió a la chica conmigo para que me acompañara.

Después de darle las gracias al padre en el bar, y a la hija en la parada, subí al trole y me bajé donde me habían indicado.

Me introduje en el local -cuyo nombre sigo sin recordar- y pedí nuevamente una cerveza. Enseguida entró un hombre y tirando de mi gabardina me dijo en voz baja:

- ¿Es usted el madrileño?

- Si señor.

- Pues venga, acompáñeme.

Al parecer todos los que había en aquella sala estaban inmersos en el mundo del contrabando. Fue una sensación que me invadió enseguida.

Salimos a la calle, y allí había otros cuatro como yo. Entonces el hombre nos dio prisa y comentó que el grupo nos estaba esperando.

El grupo del que hablaba lo componíamos 22 personas.

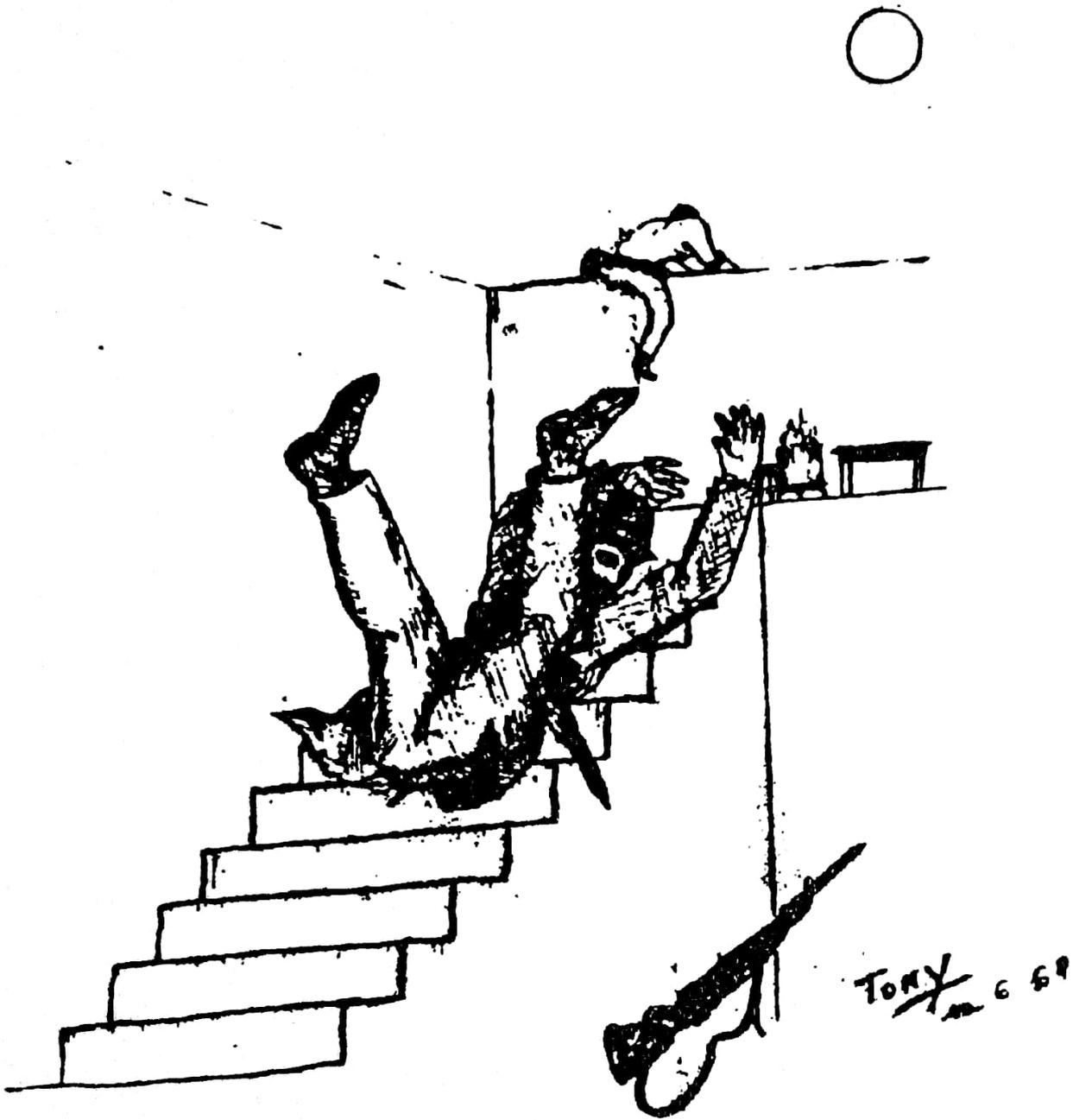
Aquel hombre me miraba continuamente y al final no pudo por menos que hacer referencia a mis muletas, asegurándome que así iba a ser difícil marchar. Además tenemos que andar toda la noche.

- No te preocupes. No llevo mas que un poco de escayola y fácilmente me la quito.

Al oírme eso, primero pareció sentirse extrañado, pero luego sonrió al saberse aliviado de aquel peso.

Con unas tijeras que había comprado en Madrid para tal menester, corté la escayola y quedé liberado de ella para siempre.

Pasamos toda la noche andando. Al día siguiente, nos escondimos en la montaña, para proseguir la marcha hacia Francia por la noche nuevamente.



Al parecer, aquella excursión resultaba más peligrosa que de costumbre puesto que había mucha policía concentrada en la zona, debido a que Franco tenía una entrevista con Juan de Borbón mar adentro, en esa zona donostiarra. Así pues, todas las precauciones normales eran pocas.

A la noche siguiente pasamos a Francia definitivamente. Habíamos pasado miedo; pero mereció la pena.

En Bayona fue a esperarme el amigo de Riba, y él mismo se ocupó de buscarme un patrón.

Fuimos al pueblo donde me había de instalar, para que el alcalde me documentara. Pero el secretario lo que hizo fue avisar a la gendarmería, y pronto aparecieron para llevarme a interrogar a su cuartel. Me tomaron declaraciones y me encerraron en un calabozo.

Evidentemente aquello no había salido bien, y ya no tenía trabajo ni pueblo donde vivir. Lo único que tenía, una vez más, era un calabozo, además de la imposibilidad de poder expresarme en un idioma del que no conocía ni una palabra. Pasé una mala noche bastante decepcionado pues aquello no era lo que me había imaginado.

A la mañana siguiente, un español apellidado Ortiz fue a verme y explicó a los gendarmes que yo venía a trabajar. Ellos le dijeron que lo primero era encontrar un trabajo y un alcalde que me documentara. Pero eso ya lo sabía él de sobras como lo sabía yo mismo.

Al final tras la ayuda de varios españoles y de un maestro francés que hablaba bien el español, conseguí la documentación y el trabajo.

Intervención directa en mi legalización la tuvo Juan Antonio Miranda. Me trajeron la documentación a la cárcel y al otro día pasé por el tribunal. Lo hice con un alemán que también estaba preso. Nos esposaron uno con otro y fuimos a escuchar la sentencia. Me castigaron con cinco días de cárcel, que luego se convertirían en seis, además de costarme cinco mil francos.

En los días que estuve en la cárcel apenas comí unas galletas que traían los compañeros españoles.

Hubo una gran preocupación entre todos nosotros por aquellos días, y es que la prensa española, y más concretamente el diario "Arriba", publicó una información que hablaba de nuestro retorno a España según un acuerdo existente entre los dos gobiernos. Menos mal que aquello no pasó de ser una opinión.

A partir de allí, poco a poco, y con dificultades sobre todo de idioma, fui saliendo adelante.

Después de pasar un tiempo prudencial, cuando yo ya me había asentado en todos los sentidos en el país vecino, pude llevar a mi familia, con lo cual, no sólo había resucitado definitivamente, sino que además de mi libertad, conseguí la de mi familia.

Había alcanzado de aquella forma lo que casi durante nueve años no había podido ni soñar: vivir en paz y en libertad rodeado de los míos, de los que yo quería.

Mi historia puede decirse que terminó ahí; pero hay algún otro tema del que me gustaría hablar. Por ejemplo de la situación que tuvo que soportar mi gente después de mi detención y a lo largo de los años de mi ausencia.

Por supuesto la noticia de mi fuga la conocieron muy pronto, porque a la mañana siguiente del suceso todo el mundo lo sabía. El pueblo amaneció lleno de guardia civil y la gente no dejaba de murmurar. Una señora oyó comentar a un guardia que Muela había escapado. Entonces la noticia corrió como un reguero de pólvora y esta misma mujer avisó a los míos.

Mi esposa, mis hijos, y toda mi familia, lógicamente lo pasaron muy mal y hubieron de sufrir mucho. Sufrieron por dos motivos diferentes: en primer lugar por la incertidumbre de la suerte que yo corría y en segundo término, por la inquietud que suponía el saberse centro de la atención y víctimas propiciatorias de la gente. Cuántos desprecios ná encajarían. Además tuvieron que padecer el acoso de las autoridades, de la guardia civil, y de todos aquellos que se sabían fuertes por haber vencido.

En cuanto caía la noche cerraban puertas y ventanas y aguardaban al nuevo día siempre con la amenaza y el miedo; miedo al pensar que nos habían matado ya a dos hermanos, miedo al saber que nos lo habían robado todo y miedo al conocer las palizas que los hijos de Dios repartían entre los que, según ellos, no lo eran.

Cuántas veces tendrían que escuchar los insultos, las calumnias, las bazbarridades que salían de las bocas de muchos de aquellos individuos. Criminales, ladrones, ñes llamaban, cuando en mi familia hubo muertos, y en ella se conoció la ambición y el robo de lo que era nuestro.

En cuántas ocasiones también tendrían que escucharle a la señora Cipriana la monserga del desayuno con la taza de agua.

Podéis imaginar la situación durante todos aquellos años. Mi familia fue víctima del temor, del odio, de la envidia, de la impotencia, de la ... de tantas cosas!. Y por supuesto siempre indefensos.

También quiero hablar de cómo vió la situación del país acabada la guerra, una persona en constante sobresalto, en constante fuga, como lo fui yo.

Brevemente diré que pude ver cómo España resurgía del sufrimiento, de la penuria, y del desencanto a costa de pagar un precio muy caro; a fuerza de entregarlo todo: el esfuerzo, el sudor, la propia vida a veces, y ... su territorio, también su patrimonio geográfico.

Todavía no puedo explicarme cómo Franco pudo vender nuestra dignidad a terceros intereses.

Cuatro millones de españoles abandonaron su patria en calidad de emigrantes y muchos más en calidad de refugiados, de exiliados como lo fui yo. Sin embargo a cambio de eso, tuvimos sitio para albergar las bases y las tropas que instalaron los americanos en nuestro suelo.

Yo he visto la base aérea americana de Zaragoza y he comprendido lo que todo eso supone. He comprendido cómo se jugó entonces y cómo se juega ahora todavía con el pueblo español. El riesgo que estas bases encierran es ilimitado, y eso lo entiende cualquier persona no especializada como lo soy yo.

La catástrofe sería de una magnitud incalculable. Si un día surge el conflicto, desaparecería del mapa Zaragoza sin dar una explicación, porque no daría tiempo ni para eso.

Muchos incidentes han protagonizado ya esas fuerzas extranjeras, siempre con el denominador común del riesgo y el peligro para la población civil. Como por ejemplo aquella ocasión en que un avión perdió cuatro bombas atómicas en Palomares (quizá todo el mundo no lo sepa) y arrasaron todas las cosechas de la zona. Por causa del suceso, la duquesa de Palomares levantó una protesta contra el gobierno calificando aquella acción de auténtica invasión. La queja le costó a la mujer nueve meses de cárcel aún a pesar de su rango nobiliario. Recuerdo como luego la llamaban "la duquesa rusa". Menos mal que la protesta no surgió de la población, porque sino no la pena tal vez hubiera sido mucho mayor.

De igual forma, conocí la desventura de aquellos casi quinientos mil españoles que tuvieron que cruzar la frontera hacia Francia y entregarse al

gobierno galo incluso con sus propias armas. Aquella gente totalmente despreciada en su país, enteramente desvalida, sufrió la desgracia de los campos de concentración en A.G.U.E., en Arseles, a la orilla del mar, donde muchos murieron de hambre y otros a causa de los malos tratos.

Y más tarde cuando llegó la invasión de Francia por Hitler y Mussolini, vino el episodio vergonzante de la división azul creada por Franco, una vez más constituido en verdugo del pueblo.

Aquellos pobres, aquellos infelices españoles, muchos de ellos se presentaron voluntarios para defender un gobierno que no era el suyo, y terminar su existencia en las cámaras de gas.

Con la división azul el gobierno español saldó una deuda innecesaria, una deuda creada por ellos mismos, y envió a morir a unos soldados en inferioridad de condiciones, siempre desplazados y ridiculizados, y en ningún caso preparados para una contienda de ese tipo.

Aún acaeció otro episodio que llenó de gloria al estado español: la aventura de los maquis. Mucha gente se engrandeció jugando a cazarlos.

Yo concretamente, colaboré con el famoso maquis en una ocasión, tratando de salvar a dos de sus miembros. La historia sucedió en aquel pueblo soriano donde pasé siete años de mi vida. El incidente en cuestión me costó volver a tener a la guardia civil tras mis pasos. Como recordaréis tuve que permanecer oculto una temporada para más tarde marcharme definitivamente de aquella tierra. La causa fue precisamente el haber ayudado a esos maquis. Un antiguo capitán republicano, que gozaba de la confianza de mi patrón, que no de la mía, fue quien puso en mi rastro a las autoridades.

El episodio surgió un día que se nos ocurrió ir a cazar porque había nevado, y de esa forma se siguen muy bien los rastros. Yo iba con dos amigos del pueblo, pero me separé de ellos quedando en encontraraos más tarde.

Al poco rato de marchar solo sobre la nieve, ví a lo lejos a dos hombres hundidos en gabardinas. Ellos también me vieron a mí, y rápidamente se infiltraron en el matorral para ocultarse. Yo me acerqué y los llamé.

- ¡Comaradas, no tengáis miedo!. Yo también soy como vosotros. Decidme la verdad que yo puedo ayudaros.

Al oír mis palabras, salieron, y bastante inquietos vinieron hacia mí. Se les veía temerosos, pero enseguida entablaron conversación. Eran franceses las dos, pero uno de ellos hablaba perfectamente español, y también alemán según dijo. Me confió que venían de la cárcel de Barcelona. Al parecer había habido una revuelta en la prisión y a consecuencia de ella, las autoridades decidieron trasladar un tren completo de presos a las cárceles de Madrid.

Al llegar a Zaragoza, el tren se detuvo durante veinte minutos, y tres de los presos, previa autorización, aprovecharon para bajar a comprar algo de bebida (a los maquis el dinero no les faltaba y podían gastarlo con facilidad). Compraron varias botellas de coñac y champán, y como en aquellos momentos todo andaba caro y escaso, cuando les ofrecieron a los guardias aceptaron gustosos.

En las puertas de cada vagón había un guardia civil, mientras otros circulaban por los pasillos. Los del vagón en que estos dos hombres viajaban, pronto quedaron vencidos por el efecto del alcohol, y al llegar a la pequeña estación de Santa María de Huerta, cerca de Arcos de Jalón, los dos decidieron fugarse aprovechando la indisposición de los guardias. Saltaron del vagón sin que nadie se apercebiera de ello.

Después de contarme la historia, yo les aconsejé que esperaran donde les había encontrado, que yo hablaría con mi patrón y vendríamos a por ellos. Así

lo hice. El patrón se mostró de acuerdo, y los llevamos a una posada, cuyo dueño, hombre también de izquierdas, sabíamos que podría esconderlos.

Este hombre además de la posada tenía una granja en las afueras del pueblo, y allí los tuvimos ocultos durante nueve días. Después los cambiamos de vestuario y arreglamos todo para que pudieran salir del pueblo.

El jefe de la estación, por mediación de mi patrón, les facilitó los billetes hasta Barcelona. El jefe del tren y el maquinista, que los dos eran comunistas, también estaban al corriente del asunto, y ellos arreglaron el viaje, y que entonces no se podía circular sin salvoconducto.

Así pues estos dos miembros del llamado "maquis", finalizaron satisfactoriamente aquel episodio. Sin embargo yo no tendría tanta suerte. Mi patrón, unos meses más tarde, le explicó todo lo que había ocurrido a su amigo el capitán republicano. Y aquello supuso el tener que volver a la ilegalidad porque rápidamente fue a dar parte de sus sospechas contra mí.

También denunció al posadero, a quien le cerraron el negocio y le desterraron una hija. Esta tuvo que irse junto con su marido a vivir a más de cien kilómetros de distancia.

A partir de ahí ya conocéis lo que sucedió. Estuve cuatro meses escondido en el mismo pueblo haciendo creer que me había ido a Barcelona. Y después de eso me fui a trabajar a la provincia de Avila.

Aquella fue mi mayor, y casi mi única experiencia a cerca del maquis, aunque he tenido desde entonces muchas referencias de lo que yo considero otra secuela, un fenómeno producido por el franquismo.

Así, de este modo, doy por finalizado el relato de mi vida, que no es más que un fiel reflejo de lo que supuso la guerra para muchos españoles que como yo, defendieron a ciegas un ideal, y tuvieron la desgracia de pertenecer al bando de los vencidos. Esa fue nuestra culpa, una única culpa que hubimos de pagar a un precio demasiado alto.